

FALSARIUS CHEF EN...

FABADA MORTAL



**Ignacio
M. Cuñat**

Fabada mortal

IGNACIO M. CUÑAT

Copyright © 2021 Ignacio Moreno Cuñat

Diseño de portada: Maldito Lunes

Ilustración: Shutterstock

Todos los derechos reservados.

Todos los hechos, personajes e instituciones que aparecen en la novela son fruto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad y con personas vivas o muertas es pura coincidencia.

<https://www.facebook.com/falsariuschef/>

<http://www.falsariuschef.com/>

Aliquando et insanire iucundum est.
(«De vez en cuando es agradable hacer una tontería»)

Séneca.

Oye, lo típico que pasa. Que coges el tren para ir a Madrid a dar una charla y firmar unos libros y acabas medio desnudo, cubierto de sangre y encerrado en un minúsculo cuarto de baño con un señor muerto. Bueno, igual no es tan típico y no pasa mucho, pero cuando pasa es molesto.

Mira que al ver que el baño estaba ocupado podía haber ido al siguiente, que para eso iba en tren y había más, pero no. Como tenía el día *New Age*, en plan «el tiempo no existe, soy un loto del lago movido por la brisa, soy uno con el universo» y cosas de esas, me quedé esperando mi turno pacientemente, sin poder imaginar que el universo, el loto y la brisa lo que son es unos cabrones.

Y no es por insultar en vano. Es que mientras estaba mecido por el susurro de las esferas galácticas oigo unas toses convulsas muy terrestres, como de alguien asfixiándose. Preocupado, golpeo la puerta con los nudillos y descubro que no está cerrada. Me asomo y veo que dentro del pequeño evacuatorio hay un señor con la cara azul. Que conste que no tengo nada en contra de la gente de cara azul, pero me resulta inquietante si no son un pitufo. Si es un pitufo no pasa nada, cantamos una canción, ponemos verde al malvado Gargamel y luego el médico me da unas pildoritas y dejo de verlo una temporada. Pero aquel no lo era. Lo deduje enseguida porque no llevaba gorrito blanco en plan barretina y además era muy grande. Nada de un simpático enanito. No. Aquel tipo ya debía venir grande y corpulento de fábrica, pero es que además se notaba enseguida que era de esos que se comen los corderos enteros, entre pan y pan, lana y cencerro incluidos. Un gigantón.

La cosa es que entro en el baño, me acerco a él para intentar ayudarle y me agarra la mano apretándola con fuerza, mientras dice con una cierta preocupación:

—Me muero... —y yo tengo que coincidir con él en que aquello muy buena pinta no tiene. En plan prudente no se lo digo, por no hurgar en la herida, pero él vuelve a estrujarme la mano y continúa:

—Comer la lata, la lata...— y yo pienso que, hombre por Dios, eso ya es vicio: agonizando y pensando en comer. Pero tampoco se lo digo porque a partir de ahí todo es un despropósito.

Que si se escurre de la taza del váter en la que estaba sentado, se desploma entre convulsiones y su generoso corpachón de señor talla XXL, ocupa todo el espacio del pequeño recinto, bloqueando la puerta; que si quiero ayudarle, pero estoy arrinconado sobre el lavabo y me clavo en la rabadilla el pequeño grifo, que además suelta chorros de agua cada vez que me apoyo; que si intentando no perder el equilibrio, me sujeto con la mano sin mirar y noto algo húmedo y caliente, y compruebo que me he cortado. Con una lata vacía. Y pienso que menos mal que el agonizante caballero hambriento ya no se entera de nada, porque igual le digo que la lata está vacía y le doy un disgusto. Pero no tengo mucho tiempo para pensar porque en eso una voz energética resuena al otro lado de la puerta

—¡Abra inmediatamente! ¡Soy el revisor! ¿Qué pasa ahí?

Y antes de que se me ocurra nada original que contestar descubro que, aunque el corte de la mano es pequeño, sangra un montón, y si de por sí la escena era dantesca ahora, salpicada con los borbotones de sangre que brotan de mi mano, parece directamente ya una escena del crimen de las de manual. Que intento contar la verdad y tengo tanta credibilidad como un menú del día de ocho pavos con chuletón de buey kobe de segundo. Y el revisor venga a golpear la puerta, que con tanto meter prisa se estaba poniendo ya, todo hay que decirlo, un poco tocapelotas.

Entonces el moribundo tiene un último espasmo feroz, mientras le da un tirón a mi cinturón,

que hace que los pantalones se me queden por las rodillas, antes de quedarse definitivamente quieto, tras exhalar un último aliento que le deja la boca abierta con un rictus mortal y extraño, como cuando después de comer pides café en un restaurante y te dicen que no tienen. Y sé que está muerto porque he visto en mi vida demasiadas merluzas difuntas como para no saber cuando algo es un cadáver.

Y de repente caigo en que estoy encerrado en el ínfimo retrete de un tren con un cadáver enorme, chapoteando en agua, con los pantalones por las rodillas, en calzoncillos, rodeado de paredes salpicadas de sangre, y que el hecho de que vista de cocinero, lleve una nariz postiza y unas gafas de plástico y diga llamarme Falsarius Chef, no va a contribuir a hacer las cosas más fáciles. Mi abogado siempre dice que no vaya así a los juicios, que tengo pinta de culpable. Luego los pierde porque es un manta y le echa la culpa a mi nariz.

Así que cuando por fin el revisor consiguió abrir la puerta, creo que desmontando las bisagras, y pude ver su rostro horrorizado por la escena que tenía ante él, iba a decirle aquello de «no es lo que parece», pero si eso no cuela cuando tu pareja te pillan en pelotas en la cama con una rubia (o un rubio, que en gustos va) no te cuento ya si lo que tienes al lado es un tío muerto. Así que me lo ahorré.

Aunque lo peor, lo peor de todo, es que disgustos aparte, con tanto cadáver y tanta tontería no me había dado tiempo a hacer pis.

Hay rubias que sólo son rubias. Esto es, empiezan en rubia, terminan en rubia y son rubia por el medio. Poco más. Esta no. Esta era una rubia de las otras. De esas que arruinan vidas, te implican en un asesinato, provocan guerras de Troya o hacen que acabes en la silla eléctrica y encima te parezca buena idea. Ese tipo de cosas.

Una de esas rubias que sabes que van a complicarte la vida pero de las que no te puedes apartar, como si fueras un conejo en mitad de la carretera deslumbrado por los faros de un coche. Del coche que conduce la rubia.

Pero no adelantemos acontecimientos porque en aquel momento lo que tenía era un problema, y no pequeño, con la Policía.

Las fuerzas del orden son así. Descubren encerrados en un minúsculo cuarto de baño un cadáver y a un fulano ensangrentado a su lado, y enseguida se ponen en lo peor. Claro, qué fácil. ¿Estos es que no ven la tele? En las series de televisión, ves una escena como esa al empezar y lo primero que tienes claro es que ese, el que está ensangrentado junto al muerto, aunque tenga los higadillos del difunto a modo de chal por encima del cuello y en la mano un cuchillo jamonero, no es el malo. Pero claro, aquí la policía ve poco la tele y luego pasa lo que pasa.

Claro que tú vas a interrogar a un tipo que ha aparecido en estas circunstancias, le pides que se identifique y te dice que se llama Falsarius Chef y que es cocinero impostor, e igual te mosqueas. Sobre todo porque le estás tomando declaración a un tipo que viaja en tren vestido con un delantal negro, gorro de cocinero y unas gafas de plástico con nariz postiza y bigotillo de pelusilla.

Y si encima el tal Falsarius, esto es, un servidor, insiste además en que viste así para evitar ser reconocido por los sicarios de las peligrosísimas mafias internacionales de chefs, que hace años que quieren liquidarle por poner al alcance de todo el mundo sus secretos de cocina, comprendes que se miren con la cara que se miraban los dos policías que tenía enfrente. Y digo que lo entiendo, no que lo comparta.

Porque esa es otra. La policía ve a alguien con la cara cubierta y siempre piensa mal. Y digo yo ¿y los superhéroes? Ah, claro, de los superhéroes enmascarados no nos acordamos nunca hasta que no hay un súper villano cargándose el mundo. Luego sí, luego cuando al planeta se lo está engullendo un agujero negro de los malos, malos, o hay que salvarlo de un asteroide perdido que va a impactar sobre la Tierra, todo son llantos. Luego mucho «ay, sálvanos, sálvanos», hechos unas nenazas, pero antes, el de la máscara, a la cárcel, que, entre rejas, con esas mallas ceñidas se va a echar novio enseguida.

Pero vamos, que como estoy acostumbrado a que mi aspecto llame un poco la atención, decidí tomármelo con paciencia y darles más explicaciones. Y les conté que yo lo que tenía era un blog de cocina en Internet. Una página a la que accedías tranquilamente desde tu ordenador y en la que podías encontrar un montón de recetas. Eso no tenía nada de raro, ni me hacía acreedor de las iras de los chefs. El problema consistía en que las recetas que yo preparaba estaban hechas con la ayuda de latas, botes, congelados y demás productos que podías encontrar en el súper de la esquina. Eso lo mezclaba con algunos productos naturales y un par de trucos y conseguía unas recetas con las que cualquiera, por inexperto o torpe que fuera en los fogones, podía hacerse pasar por un chef más que aceptable.

Eso ya les dolió más, pero mientras sólo fue el blog, no hubo mayores problemas. Amenacillas, cabezas cortadas de caballo que me aparecían en la cama, un conejo blanco ahogado

en el agua que hervías para preparar espaguetis. Lo típico. Pero luego la cosa se complicó.

Me llamaron para la radio y comencé a hacer una sección con mis recetas de cocina impostora todas las semanas. Luego vino la tele, donde estuve también una temporada, y las publicaciones en prensa, y luego los libros. Y la cocina impostora comenzó a hacerse bastante popular. Y eso ya no pudieron resistirlo. Si todo el mundo podía cocinar como un chef y comer estupendamente en su casa ¿qué iba a ser de ellos?

Pero los policías no parecían apreciar mi voluntad de cooperación. Me miraban en silencio, con gesto inexpresivo. En realidad creo que pensaban que les estaba vacilando. Ellos seguramente hubieran preferido que, abrumado por su silencio, me derrumbara y confesara mis crímenes entre sollozos. Pero tenían dos problemas. Uno que era inocente. El otro, que no era la primera vez que jugaba a aquel juego. Así que me dispuse a seguir contándoles cosas apasionantes y muy relacionadas con el caso que nos ocupaba. Por ejemplo, mi justificado odio por los microondas. Pero no me dio tiempo.

De repente, uno de ellos, el más mayor, el que tenía cuatro pelos mal puestos y se los peinaba hacia atrás con gomina, en plan pijito de los noventa, me dijo:

—Yo le conozco. Mi mujer no se pierde ni una sola de sus recetas los sábados en la radio. Y tiene todos sus libros. Y le veía en televisión y seguía sus colaboraciones en prensa.

Eso estaba bien. En estos casos, cuando te han encontrado encerrado con un cadáver y chorreando sangre, siempre ayuda que uno de los policías que te interrogan sea fan.

—Antes se pasaba el día encerrada en la cocina, preparando guisitos. Hecha una esclava. Pero desde que le oye, los hace en diez minutos.

Algo en su voz me dijo que aquello no estaba resultando tan bueno como yo pensaba.

—Y no es que me dé mal de comer —continuó—. El problema es que tiene mucho tiempo libre y se pasa el día en el bingo.

Y desabrochándose la chaqueta dejó ver como al descuido la pistola que llevaba en la cintura, antes de añadir:

—Yo creo que tiene un lío con el que vende los cartones.

El policía más joven, el que lucía unos prominentes músculos bajo una ceñida camiseta, llevaba una cazadora de cuero y parecía sacado de un concurso de horterillas de Telecinco, le miró con reverencia y luego giró la vista hacia mí y se abrió también como al descuido la cazadora, dejando ver otra pistola, aún más grande que la de su compañero.

Pues oye, a chulo, chulo y medio. Si querían guerra psicológica la iban a tener. Me abrí el delantal, como al descuido, y les dejé entrever mi michelín derecho. El feo.

No podría decir que efecto les causó tan pavorosa visión, porque en ese momento llamaron a la puerta un par de veces y entró un agente, que venía a buscarles. Cruzaron algunas palabras y se marcharon sin despedirse, dejándome recluido con mi equipaje en el pequeño cuarto que el revisor tenía en el tren. Solo y, chulerías aparte, un poco preocupado.

Por suerte, siempre que viajo llevo una tartera con provisiones para imprevistos, que nunca sabes cuando vas a volver a tener un supermercado decente cerca. Y la tartera llevaba dentro unas empanalletas, un postrecito muy rico con puré de manzana, pasas y azúcar un poco caramelizada que hago yo, y que tiene lo mejor de una empanadilla y lo mejor de una galleta, de ahí su astuto nombre, y después de zamparme un par de ellas, el disgusto se me pasó un poco.

Y lo que tiene la glucosa. De repente me vino a la cabeza que al hombre grandote muerto ya lo había visto yo antes. No es que fuéramos íntimos ni nos hubiéramos duchado juntos, pero su cara me sonaba. Sí, sin duda era él. Había tardado en relacionarlo porque cuando yo le vi, no estaba muerto y eso, quieras que no, confunde. Es como cuando ves al camarero del bar donde

desayunas todas las mañanas, paseando por la calle sin su chaquetilla blanca y sin la pajarita. No le reconoces. Y eso me pasó, sólo que a él el detalle que le faltaba no era una pajarita sino la vida.

La cuestión es que estaba seguro. Había sido durante el viaje, cuando iba camino de la cafetería a comprarme un Donut.

Oye, y de vivo ya abultaba lo suyo. Que no es eso que dices, es que se ha muerto y el pobre con el trauma me ha crecido. No. Este venía grande ya de casa. Un tipo de esos a los que acabas antes si los mides por metros cuadrados. Un hombretón.

Tal vez por eso al pobre le tenían a régimen. Lo dejaba claro el hecho de que la mujer que llevaba sentada al lado, su esposa supuse, se estaba zampando las dos bandejitas con comida que les habían servido en el tren. La suya y la de él.

El hombre no parecía muy feliz y las miraba como un perrito desvalido. De vez en cuando, extendía los dedos regordetes, y como si no se diera cuenta de lo que hacía, intentaba coger algo que llevarse a la boca. Pero la mujer era inflexible. Le daba un azote en la mano traviesa, como a un niño pillado en falta, y los dedos retrocedían cobardicas a guarecerse en el regazo de su propietario. El hombretón soltaba un enfadado ronquidillo y volvía a teclear en el pequeño ordenador que llevaba abierto en las rodillas. Lo de la dieta forzosa explicaría que se hubiera escapado al baño a comerse una lata a escondidas. Los hambrientos somos así.

Y me había fijado en él no por casualidad, sino porque a su altura, al otro lado del pasillo, se sentaba un pelmazo al que conocía. Viajar en tren, pese a que parece bastante seguro, tiene sus peligros. Uno de los mayores es coincidir con un pelmazo. Un pelmazo te arruina un viaje. Oye, que hace que te den ganas de bajarte del tren, echar una carrerita, ponerte delante y que te pase por encima. O mejor al revés, que le pase a él. Dos veces. Pero nunca pasa, así que aguantas todo el viaje con el pelmazo.

Mi pelmazo de esta ocasión se llamaba Armand Poche, un cocinero francés. Así, como suena. Que conste que no tengo nada en contra. De hecho las palabras «cocinero» y «francés» por separado, te pueden gustar más o menos, pero en general son inofensivas. Pero las juntas y eso ya es otra cosa. Un pelmazo, seguro.

Si a eso le añadías que era un experto en cocina molecular, licenciado en ciencias por una prestigiosa universidad americana, y que aplicaba sus conocimientos a la forma de cocinar más extraña que pueda imaginarse, no creo que haya mucho más que explicar.

Además es que era un tipo irritante. Hombre, si hubiera sido el típico sabio/cocinero loco, con los pelos canosos bufadillos como si le hubiera dado un calambre, su bata blanca, unas gafitas redondas y viviera encerrado en su laboratorio haciendo pollos al horno de Frankenstein, huevos que viajaran en el tiempo o mejillones zombies, hubiera tenido su encanto. Pero no. Armand Poche era un cocinero científico, lleno de vanidad y muy pagado de sí mismo, que buscaba en la ciencia el secreto oculto de la gastronomía. De los aburridos, vamos. De hecho, tú le veías troceando una coliflor y parecía que le estaba haciendo una autopsia. Muy desagradable.

La cosa es que para evitar saludar a Armand, que se sentaba junto al pasillo, utilicé el viejo truco de pasar dándole la espalda y mirando a los pasajeros del otro lado, como si observara algo muy interesante. Tengo un culo precioso, pero confiaba en que le pasara desapercibido.

Y en plena operación disimule es cuando reparé en el señor grandote. Entonces no lo pensé, pero hubiera debido presentarme adecuadamente, ya que la siguiente vez que le vi estaba agonizándome encima y eso es algo muy íntimo, que casi mejor si te pasa con alguien a quien conozcas un poco. Pero es que ya no se guardan las apariencias como antes, y la gente te agoniza encima sin ninguna formalidad. Que ya son manías raras, porque puestos a tener manías en el tren,

que le hubiera dado por comer Donuts, como a mí, que al menos puedes repetir. Y no incordias a nadie, porque por su culpa andaba yo, recluso en el cuartito del revisor, con el tren parado, esperando que la policía ultimara las diligencias sobre el suceso y volviera a interrogarme, y un tanto inquieto sobre mi futuro inmediato.

Pero bueno. Yo intenté tranquilizarme pensando que hasta el momento las cosas no iban tan mal. Me habían curado la herida de la mano, me habían dejado coger mi maletín, donde siempre llevo un uniforme de repuesto, y había podido cambiarme, con lo que ya no andaba cubierto de sangre. El interrogatorio había sido corto y al irse no me habían esposado. Además, desde el cuartito en el que estaba, a través de una pequeña ventana podía ver al revisor que hablaba con los dos policías que me habían interrogado. La charla era relajada. Fumaban y todo parecía tranquilo, casi rutinario. Supuse que alguien se había tomado la molestia de comprobar que la muerte del caballero orondo era natural, escandalosa pero natural al fin y al cabo, y que la sangre era de mi mano. Entonces apareció ella.

Llevaba un chaleco amarillo fosforito encima de la ropa, como si se le hubiera pinchado una rueda del coche y estuviera esperando a la grúa, y aunque iba de paisano, los agentes saludaron marcialmente al verla. Habló un momento con ellos, echó una fugaz mirada hacia la ventana en la que me encontraba, se dio la vuelta y desapareció, lo que no me extrañó en absoluto porque era rubia y guapa. Y cada vez que una rubia guapa entra en mi vida, no tarda mucho en darse la vuelta y desaparecer.

La puerta del cuarto en el que estaba se abrió de golpe y se plantaron dentro. El policía mayor que me había interrogado antes y la chica rubia que había visto hablando con él en el andén. Oye, sin ningún miramiento, sin llamar ni tonterías de esas. Como si estuvieran en su casa. Pero vamos, que el tren es de todos, si querían entrar, que entraran. Especialmente la chica. Es más, si el poli quería irse, que se fuera.

Oye, fue pensar aquello y la rubia, como si tuviéramos telepatía, va y le dice al agente del orden:

—Déjenos solos, por favor.

El policía de los tres pelos engominados la miró con una mezcla entre condescendencia y lujuria, recorriéndola de arriba abajo con detenimiento, como si estuviera dudando en si lo que iba a hacer era irse o cepillársela allí mismo sin más miramientos. Pero ella le sostuvo brava la mirada y con un gesto de la mano le señaló la puerta. Y algo que vio en su cara le dijo al policía que pocas bromas con aquella rubia, así que agachó las orejas y se marchó. Fin del primer asalto.

Me gustó. La chica tenía estilo. Y buen humor, porque cuando se giró y vio que yo estaba sonriendo, no pudo evitar, aunque lo intentó, que una sonrisa se le asomara también al borde de los ojos azules. Pero fue un instante. Enseguida recuperó la formalidad y el gesto distante, y se presentó, enseñándome una placa del cuerpo de inspectores de Sanidad.

Se llamaba Laura y era de una de esas mujeres que dan la sensación de que entran en la vida de los hombres como un palillo en una lata de mejillones: rompiendo corazones. No es que fuera una mujer fatal, ni nada parecido. Al contrario. Vestía un discreto traje de chaqueta y pantalón negros, de Calvin Klein, me pareció, y un jersey de cuello vuelto gris perla. Llevaba el pelo rubio recogido y no lucía ninguna joya, ni siquiera pendientes. Todo muy discreto, como si no quisiera llamar la atención. Pero no lo conseguía. Tenía ese halo especial que tienen algunas personas, que entran en un sitio y la gente se vuelve a mirarlas como si lo hubieran anunciado por megafonía.

Y por un momento pensé que el señor grandote muriéndoseme encima casi me había hecho un favor. Que incautos somos a veces.

Por lo demás fue bastante directa, como si tuviera prisa. De repente era como una ejecutiva de Wall Street, ultimando un trato, con la Bolsa a punto de cerrar. Por resumir el asunto era el siguiente. O iba con ella y la ayudaba en un asunto que tenía que ver con la seguridad alimentaria y nos olvidábamos del problema del tren, o me dejaba en manos de la policía y que ellos se ocuparan del asunto.

Igual no lo dijo tan brusco, pero sonaba muy parecido. Y yo no había dicho todavía ni palabra, pero por su forma de mirarme, con unos ojillos que parecían los contadores de un cronómetro digital avanzando inexorablemente, supe que no tenía mucho tiempo para decidirme.

Y claro, qué dilema. Piensa Falsarius, piensa, me dije yo a mí mismo muy atribulado. ¿Te quedas con la policía para que te lleven detenido a comisaría, te golpeen con toallas mojadas, te apliquen electrodos en los genitales y otros astutos métodos para obtener tu confesión (o lo que hagan ahora, que es que hace mucho que no me detienen) o te largas con la rubia guapa y con clase?

Y el tiempo corría en los ojillos azul segundero y me sentía un poco confuso y con el raciocinio aturullado. Total, que al final elegí a la rubia. En plan listillo, pero sabiendo en el fondo, como sabemos todos los feos desde que el mundo es mundo, que la rubia es siempre la peor elección.

A partir de allí, todo fue sencillo. Me ató en el cuello la correa azul del rímel de sus pestañas, echó a andar y yo, manso como el corderito que soy cuando quiero, la seguí. Salimos de Atocha, nos montamos en un coche y nos fuimos camino de la perdición. Como en un tango.

Y entonces sucedió algo extraño. En la obligada parada del primer semáforo en rojo, Laura giró el espejo retrovisor para mirarse, se soltó el pelo, se lo agitó con los dedos como si se hubiera vuelto loca y sonriendo me dijo:

—Qué mal rollo.

De repente la rubia era otra. A ver si me explico. Seguía siendo la misma, pero toda la formalidad inherente a su cargo de funcionaria del ministerio de Sanidad ya no estaba allí. Como si el demonio ese que les meten en el cuerpo cuando aprueban la oposición (en un ritual secreto de hechicería funcional que no voy a revelar aquí, que luego me la cargo, pero que es de bastante susto) hubiera perdido nuestro tren y se hubiera quedado en la estación. Oiga, y yo encantado. No es que tenga nada en contra de las funcionarias endemoniadas, pero a la gente, al contrario que a las aceitunas, la prefiero sin nada raro dentro.

En plan amable, me dijo que disculpara si había sido un poco brusca, pero que la policía no estaba muy convencida de dejarme ir y había tenido que actuar rápido antes de que cambiaran de opinión, que si podía tutearme, que conocía mi trabajo y que ella a mi receta de garbanzos con caballa, le ponía siempre unas gambitas. Que vivía sola, que tenía poco tiempo, que le daba mucha pereza cocinar y que mis recetas impostoras le habían salvado la vida.

Yo flipando. Por sus palabras, por su mutación y porque conducía culebreando entre el tráfico, colándose por huecos imposibles y se saltaba a toda velocidad los semáforos en un *naranja/rojo* más que discutible. Eso sí, poseía la asombrosa capacidad de manejar el automóvil como un enloquecido taxista cocainómano de Brooklyn y seguir hablando sin perder el hilo.

Mientras yo estiraba la pierna en el asiento del copiloto, intentando apretar con el pie un freno invisible e inexistente, la oí asegurar, antes de dar un volantazo y evitar grácilmente asesinar a un ciclista, que era muy fan y que lo sabía todo sobre mí. Y para corroborarlo me contó varias historias, algunas incluso que, pese a ser yo el supuesto protagonista, desconocía totalmente.

Que había dudas sobre si mi primer trabajo había sido de pinche de cocina en el barco escocés que fue el último en abandonar Saigón, tras la retirada de los americanos de la guerra de Vietnam, o si previamente había sido friegaplatos en el yate de Aristóteles Onassis, un famoso multimillonario griego, que no permitía que nadie, salvo Falsarius, le preparara su gazpacho. Que había vivido en New York, y que en 1980 era socio de unos hippies en un restaurante de tartas vegetarianas de Katmandú que rompieron conmigo cuando descubrieron que usaba calabaza de bote. Que me habían echado de Barzak porque me comía el jamón de las croquetas, arguyendo que ponían mucho, y de El Tulli por un asunto nunca aclarado con unos cubiertos de plata. Cosas así. Pero vamos, que ni me molesté en desmentirlas o matizarlas, porque bastantes preocupaciones tenía con sobrevivir a aquel trayecto.

Finalmente me dijo que igual todo aquello me parecía un poco raro, pero es que había prisa, y que no me preocupara, que luego me lo explicaría todo. Punto y final.

Aparcó en un espacio cuántico, porque desafiaba a las leyes de la física convencional que en un sitio tan pequeño cupiera un coche como aquel, y me dijo que me bajara. Y lo hice. Encantado. Y a punto estuve de besar el suelo como hacían antes los Papas cuando llegaban de visita a algún país, pero me dio un poco de asco, que a mí no me lavan el suelo antes con lejía como a otros.

Ya con los pies en tierra me entraron dudas e intenté pensar en qué lío me estaba metiendo. Pero fue imposible. Con aquella chica todo eran prisas. Me dijo que la siguiera. Entramos en el

recinto ajardinado de un callejón sin salida y nos paramos frente a una salida de emergencia de puertas negras, a las que llamó golpeando con el puño. Abrió un tipo de los de seguridad privada, ella le enseñó su acreditación y entramos.

Oye, como Ulises recién llegado a la cueva de Polifemo. O, para los de formación menos clásica, con la sensación esa que tienes cuando después de una noche de juerga te despiertas en una cama extraña y no tienes ni idea quien es la persona que duerme desnuda a tu lado. O sencillamente, para los que no tengan estudios, ni hayan sido unos golfos, muy despistado.

Al principio todo estaba oscuro y avanzábamos a ciegas, a través de un andamiaje de estructuras metálicas. Luego comenzó a oírse el sonido de alguien hablando por un micrófono y a vislumbrarse el golpe de luz de muchos focos alumbrando una escena. Pronto desembocamos en el lateral de un escenario y la iluminación nos golpeó ya de lleno, deslumbrándome. Poco a poco, mis ojos se fueron acostumbrando a la claridad y recuperé la visión.

Cuando lo hice y vi lo que tenía ante mí, el terror me heló la sangre como si fuera un cocinero modernito y la hubiera sumergido en nitrógeno líquido.

De eso nada. Yo no quería estar allí. Cuestión de principios. Y de finales. El mío en concreto. Allí había mucha gente que me odiaba. Y eran cocineros armados con cuchillos. Con cuchillos grandes.

Estaba en Cocina Fusión, ese evento gastronómico que, según algunos, es la gran fiesta anual de la cocina más actual y de vanguardia. El reino del nitrógeno líquido, el paraíso de las espumillas y los sifones, la arcadia feliz de las esferificaciones y los geles, el nirvana del espesante, las raciones raquílicas y las cocciones a baja temperatura. Con algunas cosas interesantes, pero con otras que eran un descomunal delirio de grandeza, en el que a menudo no se sabía dónde acaba el ego del cocinero y donde empezaba el plato propiamente dicho. Y a mí lo de comerse egos siempre me ha dado un poco de asco, que a saber dónde lo han tenido metido antes.

Y además lleno de cocineros. Algunos geniales, sin duda, pero inevitablemente acompañados de chefs que tal vez en el futuro, con la adecuada perspectiva histórica, fueran tranquilamente condenables por crímenes contra la Humanidad.

Yo me iba. Nunca debí seguir a la rubia. Las rubias nunca me habían traído nada bueno, aunque también es verdad que la mayoría de las rubias de mi vida habían sido *blattella germánica*, ese animalillo más comúnmente conocido como cucaracha rubia, muy común en algunas cocinas. Y esas creo que no cuentan. Pero vamos, que me daba igual. Que prefería la policía. Que iba, me entregaba, me torturaba yo mismo si hacía falta, y confesaba todo lo que hubiera que confesar.

Y así iba a decírselo a Laura, presa de lógica indignación. Pero apenas había levantado un dedo para empezar a contárselo, cuando ella me hizo callar con un gesto de incompreensión y señaló al caballero que daba la conferencia. Bueno, conferencia o lo que fuera aquello, que en realidad era un cocinero friendo un huevo, eso sí con una espectacular pantalla gigante detrás y hablando por un micro inalámbrico muy chulo, que tenía cerca de la boca.

Laura estaba muy interesada en lo que decía aquel tipo y pensé que debía ser algo importante, relacionado con su investigación.

El tipo en cuestión era Mario Barro, un popular cocinero televisivo y dueño de un conocido restaurante, y estaba explicando cómo hacer unos huevos con espuma de patata y trufa. No veía yo muy claro qué huevos, nunca mejor dicho, podía tener aquello que ver con la investigación sobre seguridad alimentaria que se suponía estábamos llevando a cabo, pero nunca se sabe.

Oye, los cocineros en general no son muy listos, pues imagina un cocinero impostor como yo. Así que apacigüé momentáneamente mi ira y me apliqué con mucha atención a observar. A observar a la rubia, claro, que los huevos los tenía muy vistos.

Laura era objetivamente guapa. Aclaro esto porque, en general, con las rubias hay mucha confusión. El personal ve una rubia, se obceca con la melena y, perdido el criterio y el sensato raciocinio, enseguida dictamina que está buena. Y no señor. Hay rubias que son feas como un conejo con mixomatosis, valga el símil gastronómico. E incluso hay rubias que, aún cumpliendo con los requisitos adecuados de belleza, no son guapas. No sé, les falta algo. Un hervor en el alma, algún peccadillo inconfesable en su pasado, un desengaño, un secreto, un peligro, algo que no da el tinte.

Pero, ay, cuando la rubia aúna el hecho de ser rubia por fuera y rubia por dentro, se produce ese alquímico milagro de la rubia total, esto es la rubia que te emboba y aturulla, y consigue que pierdas la cordura. Una de esas rubias que cuando sale de tu vida, se lleva tu corazón en el bolso

y a cambio te deja una colilla con carmín en el cenicero de la mesilla.

Me estaba distraendo. Me estaba perdiendo lo del huevo y así nunca llegaría a ser un cocinero de provecho. Afortunadamente, uno estaba vacunado contra las rubias. Como los antiguos emperadores, había ido probando poco a poco su veneno y ya estaba inmunizado. Al menos eso pensaba mientras veía a Laura seguir atenta las explicaciones del cocinero, analizando profesional sus palabras en busca, suponía, de alguna clave que sirviera para desvelar la misteriosa investigación que nos había llevado hasta allí con tantas prisas.

Finalmente el chef Barro acabó su explicación y Laura volvió en sí de su atento ensimismamiento. Me vio a su lado y me miró como si se hubiera olvidado de mi existencia y ahora volviera a ser consciente de ella, con un gesto que parecía decir algo así como ¿qué hace esta mosca en mi plato de sopa?

Pero fue un instante. Enseguida sus poderes arácnidos de rubia letal detectaron mi incomodidad y una sonrisa brotó en sus labios, espontánea y luminosa como la luz azul de una trampa para mosquitos.

Me pidió perdón por la espera y yo le contesté que no importaba, que entendía que era parte de su trabajo y que tanta prisa, debía tener alguna explicación. Y ella se rió.

Y el tono de esa risa no me gustó mucho. Sobre todo cuando me aclaró que las prisas por acudir a la demostración del tal Mario no estaban exactamente relacionadas con su investigación. Le pregunté qué significaba «no exactamente» y, oye, fue muy considerada y me lo aclaró enseguida. «No exactamente» en *rubialesco* (o como se llame el lenguaje de las rubias) significaba «nada».

Lo que hace tener ya unos años, que estas cosas fastidian. Que no tienes ya frente a la bella el aguante paciente del joven ávido de roce. Así que le pregunté que por qué demonios me había arrastrado a toda prisa hasta un lugar como aquel, que ponía en peligro mi integridad física, dada la proliferación de cocineros armados con objetos punzantes que detestaban mi forma de cocinar, y la razón por la que habíamos estado oyendo hablar de un huevo, que un huevo al final no es más que un maldito huevo por muy en flor que esté hecho, durante más de media hora.

—¿Te refieres a lo de Mario Barro? —preguntó con candidez. Y sin esperar a mi respuesta continuó— Ya que teníamos que venir, no quería perdérmelo. Es tan guapo...

Guapo. ¿Habíamos estado casi cuarenta minutos oyendo hablar a un tipo sobre un huevo porque era guapo?, le dije yo no muy contento. Y la indignación debía notármese en la cara porque ella se giró y me dijo que tranquilo, que tenía razón, que lo de pedirle un autógrafo lo dejaba para otro día.

¿Un autógrafo? Está loca, pensé yo. Al menos hasta que escuché un tumulto al fondo de la sala y vi al popular cocinero arrastrado en volandas por dos miembros de la seguridad privada, que intentaban sin mucho éxito arrancarlo de las garras de un numeroso grupo de fans, no todas mujeres, que intentaban tocarle, besarle, conseguir un autógrafo, arrancarle un mechón de pelo, o hacerse una foto con él.

Llevaba el blanco traje de cocinero desgarrado e intentaba mantener el tipo y la sonrisa, aunque sus ojos traslucían un mal disimulado terror ante aquella muchedumbre enloquecida.

Una mano anónima surgió de la muchedumbre y le agarró el blanco calzón de cocinero bajándoselo de golpe. Y efectivamente, como se rumoreaba, era uno de esos cocineros que bajo el pantalón no llevan ropa interior.

¿El culo? Mono sin más.

Yo me iba. Eso se lo dejé claro, locuaz y cabreado como un Zeus tronante o el dios que sea que truene ahora en el Olimpo, que desde las bacanales de los ochenta no voy mucho por allí. Pero vamos, que me iba de irme, de ya, de ahora mismo. Que qué narices era eso de bajarme de mala manera del tren en el que venía yo tan a gusto a firmar libros a Madrid y que, salvo por un señor que se me había muerto encima, que vale que sí, que eso había sido un poco molesto y daba un poco de aprensión, por lo demás había sido un viaje estupendo. Y habíamos llegado puntuales. Y la película que echaban no era muy buena, pero no la había visto.

Que por un legalismo idiota acerca de si uno es o no un asesino, no se le puede arruinar el viaje a la gente alegremente. Y menos para meterme en el Cocina Fusión que era el último sitio en el que querría estar. Un lugar lleno de humo de nitrógeno líquido, de gelatinas y de espumillas, que son las típicas cosas químicas raras que, mucho jugar, mucho jugar, y luego te quedas calvo. O impotente. O las dos cosas a la vez. Y todo para verle el culo (bastante normalito, ya digo) a un cocinero.

Ella me escuchó bramar pacientemente, con interés incluso, diría yo. E intentando contener la risa. Eso era lo peor. Me pasa mucho. Cuanto más me cabreo y me indigno, más gracia le hago a la gente. Deben ser las gafas postizas, con la nariz de plástico. Mi atuendo es muy útil para que no te reconozcan tus enemigos y pasar desapercibido, pero luego quieres montar un pollo y no hay manera. Pero ahí estuvo fría y profesional, muy rubia ella, y contuvo la carcajada.

Me llevó a un aparte, junto a un stand de cocido madrileño, del de siempre, del de morcillo, gallina, tocino, morcilla, chorizo y punta de jamón rotundos y bien, pero bien, de calorías, al que nadie hacía ni caso.

Claro, sin humos, sin espumas y en plato hondo y grande ¿qué esperaban? La gente pasaba junto al puesto, mirándolo con conmiseración y pareciendo decirle al encargado: pero hombre, por dios, ¿dónde va usted con eso? Que esto es Cocina Fusión, el templo de la modernidad gastronómica. No me sea cavernícola.

Vamos, que era un sitio tranquilo y olía de maravilla, así que ahí nos quedamos, sentados sobre dos sillones con pinta de seta gigante. Aunque igual eran setas gigantes de verdad, que en Cocina Fusión nunca se sabe. En cualquier caso eran dos setas bastantes cómodas. Y ahí fue donde empezó a contarme de qué iba la cosa y yo a escucharla ya más tranquilo, porque el aromilla a cocido estaba mudando mi organismo desde el sistema nervioso al sistema digestivo y eso me volvía mucho más razonable. A lo Ghandi. Es como si mi organismo me dijera, si eres bueno y te tranquilizas, puedes comer. Mucho. Y mi cuerpo, que es un cabroncete vendido, va y se tranquiliza.

Pero vamos, que en realidad el asunto era serio. Por lo visto había aparecido en nuestro país una partida de alimentos que estaba causando graves intoxicaciones. Sin ser común, no es algo tan extraño y cada cierto tiempo leemos en la prensa que ha pasado en algún sitio. El problema consistía en que éste era un caso desconcertante.

Los alimentos no se habían distribuido a través de los canales habituales de alimentación, tampoco había ninguna constancia de que hubieran entrado de contrabando, ni de que nadie los hubiera importado. Además su aparición era aleatoria y su distribución geográfica no se correspondía con ningún tipo de patrón.

Yo me quedé mirando a Laura un poco extrañado y sin saber muy bien qué decir. A mí en realidad lo que se me pasaba por la cabeza era que, vale, que muy bien, que lo siento mucho, pero

¿a mí qué me importa? Pero, claro, uno es un caballero, así que no se lo dije. En su lugar le pregunté que de cuántos casos estábamos hablando. Ella me miró entrecerrando los ojos como si pensara, me advirtió de que lo que iba a contarme era absolutamente confidencial y me preguntó si iba a guardar el secreto. Yo asentí, aunque un poco mosca. La experiencia me dice que los secretos son como la carne picada. En cuanto te descuidas le salen gusanos.

Me explicó que se habían producido cinco casos hasta el momento. Eso me tranquilizó un poco. Entonces no era tan grave. Cinco casos no parecían muchos casos. Entre todos los intoxicados no podían ni hacer un equipo de fútbol. La verdad es que era un poco decepcionante. Entonces le pregunté si por lo menos eran casos graves, y ella muy lacónica contestó:

—Ha habido muertos.

—¿Cuántos? —pregunté.

—Todos —contestó.

Todos. Qué palabra tan rotunda y definitiva. No «algunos», «la mayoría», «un alto porcentaje» ni bobadas de esas. Todos y muertos. Eso me pasaba por preguntar. Porque a mí la palabra «muerte» no me gusta ni cuando los que se mueren son los demás. No te digo ya si hay alguna posibilidad de que el finado sea yo. Además, que con lo del pobre hombre del tren ya había tenido yo ese día bastantes experiencias cercanas a la muerte. Tan cercana que si no me aparto, me aplasta.

La cosa es que no me estaba gustando el cariz que tomaban los acontecimientos y comencé sutilmente una operación retirada. En plan lo típico, tengo un compromiso, me esperan para una firma de libros y no puedo faltar. Y ella, que no me preocupara, que lo sabía y había avisado a la librería. Vaya por dios. Así que continué con lo de que, además, yo no era ningún experto en nutrición, ni en intoxicaciones. Y ella, asintiendo, ya. Y yo, oye y que no es por no ayudar, pero claro, no voy a serte de mucha utilidad porque yo a lo que me dedico es a...

Y antes de decir la siguiente palabra descubrí de qué iba todo aquello. Y ella se dio cuenta de que lo había descubierto, y un brillo de perversa diversión cruzó por sus ojos traviosos. Y ya no hizo falta que acabara la frase porque de repente estaba todo claro. Los alimentos que estaban matando a la gente eran de lata.

Y en eso si se supone que soy un experto. Maldición. Lo sabía. Tenía que haberme dedicado a la cocina macrobiótica, a los guisos de abuela, a la cocina molecular, incluso, si no había más remedio. Siempre supe que dedicar mi vida a cocinar con latas iba a traerme problemas. Y aquí estaban. Mi peor pesadilla, el terror de mis noches de insomnio. Yo que creía haberle visto todo en conservas, por primera vez en mi carrera me enfrentaba a latas asesinas.

Me quedé sin palabras, y eso es raro porque tengo muchas, es más no salgo de casa sin ellas. A veces me dejo el móvil, pero las palabras nunca. Laura tampoco decía nada y allí estábamos los dos en medio del Cocina Fusión, sentados en unas setas y rodeados de gente y humo de nitrógeno líquido, como si aquello fuera un videoclip de los 80. Éramos como dos enanitos mudos de un cuento de Cenicienta en el que el veneno, en vez de en manzana, venía en lata. Qué mal rollo. Como se corriera la voz iba a quedarme sin trabajo. Y si había muchas latas envenenadas, igual también sin clientes.

Por fin la rubia, que había estado dándome tiempo para que digiriera la información, como si lo que me había contado fuera un polvorón de Astorga, me habló muy zalamera. Se disculpó por traerme a Cocina Fusión sin avisar, pero es que había pensado, con razón, que si me lo decía iba a negarme. Y que la policía estaba muy pesada con el muerto del tren y ella no quería que me entretuvieran con declaraciones y demás jaleos, así que había pensado que lo mejor era sacarme rápidamente de allí. Porque querían contar conmigo y se temían que había prisa.

Prisa. Esa es otra palabra que no me gusta nada, sobre todo si va acompañada de «muerte» y «todos». Si las juntas «prisa-muerte-todos», ya no son palabras. Es todo lo que necesita un guionista de Hollywood para hacer el argumento de una película de catástrofes. Así que le pedí que me lo explicara.

Y tenía explicación. Al parecer en Sanidad estaban muy preocupados porque alguna, o varias, de esas latas hubiera llegado a Cocina Fusión y alguien pudiera consumirlas.

Eso tenía mucho sentido. Una reunión como aquella era un evento de primer orden en el mundo gastronómico, con una amplia cobertura internacional. Que alguien sufriera una intoxicación o, lo que es peor, falleciera, podía ser una catástrofe de cara a la imagen de nuestro país. Y de cara al currículum de muchos políticos. Oye, un muertecillo anónimo aquí o allá, no pasa nada, pero te palma un cocinero famoso y, por mucho que otros cocineros se alegren, tienes montado un pollo importante. No para dimitir, que ya sabemos que no hay costumbre, pero sí como para que te miren con mala cara e igual la próxima vez no te pongan en las listas porque das mala imagen. Los políticos siempre pensando en los demás. Ay, señor, lo suyo es un sacerdocio.

Total, siguió hablando ella, como veía era un asunto de seguridad nacional que podía arruinar un sector tan en alza como el de la gastronomía española. Me hubiera gustado oírle decir que mi ayuda era una cuestión de patriotismo y ver quién se reía antes, si ella por decirlo o yo por escucharlo. Pero me quedé con las ganas, porque en ese momento sonó su móvil. Miró la pantalla y se excusó diciendo que era importante y que tenía que contestar. Lo hizo, se levantó y se alejó discretamente unos metros de mí.

Y allí estaba yo muy serio, sentado en una seta y junto a un puesto de cocido, con todo el peso de la responsabilidad patria sobre mis hombros. Lo típico, si sale mal, la culpa es del cocinero idiota de las gafas de plástico y la nariz postiza, presunto asesino de personas de talla grande, y si sale bien, algún político importante se pone una medalla aparente y lustrosa como una bandeja cuartelera, bien cubierta de oro y brillantitos de Swarovski.

Se ve que las profundas disquisiciones se me leían en la cara, porque una compadecida azafata del stand de cocido, se me acercó con un plato humeante y me ofreció una degustación.

—Vaya, gracias —dije cogiendo el plato—. ¿Es de ese cocido que huele tan rico?

—No —se apresuró ella a desmentir con cara de asco—. Ese es el tradicional. Este es mucho mejor, lo estamos promocionando. No tiene chorizo, ni morcilla, ni tocino, ni siquiera

garbanzos. Aunque parece como el de verdad, es todo de soja. Es sanísimo.

Sentí que algo se rompía en mis entrañas. Como un último caballero medieval, encaramado en las ruinas de su castillo, con la armadura ensangrentada y el ánimo vencido, viendo cómo las hordas bárbaras arrasaban su reino ya sin remedio.

Tal vez fue aquello lo que me acabó de decidir. Aunque el hecho de pensar que el muerto del tren tenía, curiosamente, una lata junto a él y que uno hace años que dejó de creer en las casualidades, y que había políticos de por medio, con lo cual alguien se iba a comer un marrón, y que el antiguo barman de cócteles Molotov que llevo en el interior me recordó que el Estado siempre es el enemigo, posiblemente también influyeron.

Si era una cuestión de patriotismo, hice lo que cualquier patriota sensato haría en un caso como este. Salir corriendo.

Vale. Igual estuvo un poco feo lo de aprovechar que Laura seguía al teléfono y no miraba para darme a la fuga. Pero era una emergencia. Y las emergencias son así. Tú ves a alguien a punto de caerse por una ventana y no te pones a presentarte en plan, hola me llamo Falsarius Chef, soy cocinero impostor. No. En un caso así, te dejas de formalidades y sacas corriendo el móvil para grabar un vídeo mientras cae y colgarlo en Youtube.

La cuestión es que en aquel momento me pareció que eso de ser un fugitivo tenía su morbo, no lo negaré. Tú sólo frente al mundo, con la policía pisándote los talones, la CIA rastreándote con satélites, los cazarrecompensas tendiéndote trampas, y dependiendo sólo de tu ingenio y tu astucia para sobrevivir. Ya sé que soy idiota, pero me hacía sentir sexy. El problema es que una huida no es tan fácil. Por lo menos de un Cocina Fusión en hora punta. Qué bien entendí entonces a Steve McQueen.

Sucedió que justo cuando yo iba a emprender mi fuga, entraba José Mari Barzak, el reputado cocinero y reverendo padre de la cocina nacional, e iba recorriendo los pasillos de la feria, rodeado de sus acólitos como un Papa gastronómico, camino del auditorio donde iba a hacer una presentación. Lo que ya era un poco lío.

Pero además, es que eran cientos los fieles que se arremolinaban a su alrededor, pidiendo una bendición, una palabra de aliento, una recomendación, presentándole a los niños para que los tocara, acercándole camareros para que los ungiera con aceite de oliva virgen extra, a lo que él, campechanote como es, no podía negarse. Moraleja, un colapso absoluto que hacía imposible no ya avanzar, sino incluso respirar decentemente.

Y quiso la casualidad que el atasco me hiciera coincidir con alguien conocido. Se trataba de Matías Compilla, un popular bloguero gastronómico que no se pierde un festival y que da cuenta de ellos en su famosa página web. La verdad es que, aunque en la red estamos en contacto, no le veo casi nunca porque yo no suelo ir a reuniones, eventos, demostraciones ni demás historias que me exijan viajar. Pero me cae bien.

Además tiene mucho mérito. Es un clásico y reniega de los ordenadores portátiles, no te cuento ya de las tabletas y esas cosas, así que va muy serio a todos los sitios, con su PC de sobremesa en un carrito de la compra. Parece un mendigo tecnológico. Ahora ya le conocen, pero al principio no le dejaban entrar en las reuniones. Como mucho le daban veinte céntimos y le decían que fuera a emborracharse a otro lugar.

Ahora que se han enterado que su página y sus vídeos los visitan cinco millones de personas todas las semanas, le hacen mucho la pelota, le inundan a sartenes, aceites, moldes de repostería y productos degustables varios, y le consiguen siempre un sitio donde enchufar su añoso PC.

La gracia de Matías es que lo sabe todo. Y te lo cuenta. Pero esta vez estaba preocupado, venga a trastear en su ordenador y a comer patatas fritas de bolsa, que les tiene vicio. Pregunté qué le pasaba y me contó que llevaba unos días sin poder conectar con varios de sus contactos en Internet, otros blogueros como él, con los que intercambiaba información y cotilleos en un foro de cocina radical, Orgasmo Obeso. Lo recordaba porque siempre me había encantado aquel nombre.

Yo le tranquilicé. Le dije que era normal, que a veces con las redes sociales pasan esas cosas. Él me miró como si fuera idiota, pero como me tenía simpatía creyó necesario iluminarme sobre el particular.

Por lo visto el problema no era Internet, era el gobierno. Estaba haciendo desaparecer a los blogueros gastronómicos. Yo le dije que sí, que algo de eso había oído. Por darle una alegría,

porque Matías, además de buena persona, es un paranoico que ve conspiraciones por todos lados. Y a mí, que me persiguen para liquidarme las mafias internacionales de chefs por desvelar sus secretos, los paranoicos me caen bien.

Me explicó que era por los chinos. Al día siguiente iba a dar una conferencia Wen Hai Carvalho, el famoso cocinero chino disidente, y el gobierno no quería que los blogueros gastronómicos sacaran las cosas de quicio con sus comentarios y molestaran al gobierno de la República Popular China, justo ahora que iba a invertir en deuda y en banca española. Yo me quedé mirando callado. En estos casos es mejor callarse. Todo acaba antes.

—Si —continuó—, los tienen secuestrados para que no molesten y cuando todo esto pase, aparecerán en un descampado sin recordar nada y pensando que los han abducido los ovnis. Los servicios secretos españoles tienen un aparato para hacerlo. Se lo regaló la CIA, cuando Bush y Aznar eran íntimos

Aseguraba que también iban a por él, pero que tomaba sus precauciones. Abrió la boca y me enseñó la lengua levantada. No miré, pero él me aclaró lo que se suponía debía haber visto.

—Es una aspirina. La dejas disolviéndose debajo de la lengua y el ácido acetilsalicílico varía tu señal eléctrica corporal y no pueden detectarte con sus escáneres.

Una idea estupenda, teniendo en cuenta que lo decía un tipo que llevaba una acreditación casi tamaño folio en el pecho (en Cocina Fusión todo se hace a lo grande, menos las raciones) con su nombre y apellidos.

Cambié de tercio.

—¿Para qué es el andamiaje que están montando? —le dije señalando a una estructura metálica que estaban levantando al fondo del hall, causante en gran parte del atasco que dificultaba mi huida.

Él sonrió e hizo un gesto con la mano como diciendo no preguntes. Por lo visto ese año los patrocinadores habían querido darle un aire más social a la convocatoria y habían organizado un acto benéfico. Una fabada solidaria.

No daba crédito a lo que estaba oyendo. Como no fuera fabada deconstruida, no se me ocurría nada que encajara menos con aquel lugar. Le dije a Matías que me estaba tomando el pelo. Pero él insistió.

Habían querido hacerla gigante y que batiera un récord Guinness, pero la marca anterior era muy alta y las medidas del local no eran las adecuadas, así que aprovechando que los tenían allí, habían decidido que fuera la fabada preparada por un mayor número de chefs con estrellas Michelin del mundo. Los beneficios iban a ser para una ONG infantil, con lo cual los pobres cocineros no habían podido negarse, y aquel disparate se había puesto en marcha.

No, si al final iba gustarme Cocina Fusión. Nunca dejaba de sorprenderme.

Y estaba allí encantado hablando con Matías, pero no podía evitar sentirme un poco culpable. Al fin y al cabo yo estaba de fuga y en circunstancias así, hay que ser un profesional. Aproveché que el atasco se estaba disolviendo y me despedí de él.

Ya me iba cuando recordé mi encuentro en el tren con Armand Poche, el chef francés, y pensé que a Matías iba a interesarle. Él me lo agradeció, tomó nota y me comentó que, por lo que sabía, el cocinero venía de una gira por España. Pulsó una tecla y en la pantalla aparecieron las ciudades en la que había estado y que Matías consultó.

—Oviedo, Gerona, Alicante, varios sitios... La última conferencia fue en Sevilla, por eso habéis coincidido en el tren.

Le seguía mucho la pista a Poche, sobre todo desde la última bronca que tuvieron. Poche hizo una demostración pública de una nueva técnica para el tratamiento del pescado. Una cosa

muy complicada con corrientes eléctricas.

El grupo gastronómico de Matías, el famoso Orgasmo que por cierto se llamaba así, cosas de frikis, porque era la palabra que formaban las iniciales de las ciudades donde vivían los miembros del grupo, escribió un artículo que corrió como la espuma por Internet titulado «Merluza al desfibrilador». Muy gracioso, por cierto.

Pero a Armand Poche no le hizo ninguna gracia, porque desde entonces no había acto público en el que alguien no se lo recordara entre risitas. Algunos clientes de su lujoso restaurante habían llegado, incluso, a pedirselo, como si la «Merluza al desfibrilador», fuera el plato estrella de la casa. Con esos antecedentes, Matías procuraba tenerlo siempre controlado por lo que pudiera pasar.

Le di unas palmaditas en la espalda, darle la mano era imposible porque siempre las tenía ocupadas, tecleando con una y comiendo patatas fritas con la otra, y le pedí que no contara que me había visto en el Cocina Fusión.

—Ya sabes, uno tiene su reputación.

—Descuida —me aseguró él.

Y tal y como lo decía, vi como iba tecleando mi nombre en la pantalla. Bueno, Internet es así, y yo no iba a preocuparme por una fruslería como esa, estando inmerso como estaba en una mítica fuga. Así que me di la vuelta y me dejé llevar por la muchedumbre que avanzaba, camino de la salida.

Me alegraba poder irme de allí. En Cocina Fusión no todo el mundo me tenía en tan buena estima como Matías el bloguero. Eso estaba claro. Según avanzaba entre los profesionales iba notando sobre mí algunas miradas afiladas como cuchillos. Casi literalmente, porque algunos cocineros estaban afilando sus herramientas de trabajo, preparándose para el concurso de corte veloz, una competición idiota en la que rivalizaban por ver quién picaba antes una gran cesta de verduras variadas, y no hubiera sido raro que algún cuchillo saliera volando (uy, perdón, qué torpe soy) y se clavara, por accidente, cómo no, en el séptimo espacio intercostal del cocinero impostor.

Puede pensarse que estaba un poco paranoico, pero había miradas que no engañaban. Por ejemplo la de Hans, un chef alemán con un apellido lleno de consonantes. Un tipo que practicaba una cocina tan pretenciosa y afectada, que era capaz de convertir en cursi un bocadillo de chorizo, y que cuando pasé a su lado, rebanó de un solo tajo una coliflor, mirándome con gesto furioso.

Un desagradecido, porque yo seguía con mucho interés sus creaciones. Es más, de vez en cuando, se me ocurría coger alguna de sus recetas, una de esas de las que le había llevado meses crear, que utilizaba técnicas avanzadísimas y que tardaba horas en hacerse, y recrearla en una versión de cocina impostora bastante decente, que se hacía en cinco minutos, con un sobrecito de puré, dos latas y cosas así. Supongo que eso le fastidiaba, porque inmediatamente las quitaba del prohibitivo menú degustación de su restaurante.

Bueno, qué podía esperarse de un tipo que firmaba sus salchichas caseras de diseño. En serio, lo hacía. Con un rayo láser que imprimía su nombre, cauterizando el embutido.

Así que me di la vuelta y me fui, supongo que dejándole con las ganas de convertirme en salchicha y tatuarme su nombre con láser en la rabadilla.

Y lo hice muy oportunamente, porque otros cocineros se arremolinaban junto a él susurrando y señalándome. El cocinero impostor de las latas, los botes y los congelados había osado hollar con su pie pagano el templo de la cocina de vanguardia, y los talibanes de la restauración no estaban dispuestos a tolerar semejante blasfemia.

Los chefs de vanguardia son muy picajosos. Desde siempre. De hecho ya Caín mató a Abel porque a dios le gustaban más los corderos que él le sacrificaba. Curiosamente, recientes estudios sobre unos manuscritos hallados en el mar Muerto, han descubierto que Caín presentaba su cordero en forma de exigua ración en medio de un plato grande, eso sí, adornada con unas hierbitas y unas gotitas de salsa de colorines. Muy mono. Pero Dios, que es un antiguo, prefería las grandes raciones de cordero al horno que le presentaba Abel, que además llevaban patatas a la panadera.

Pero vamos, que tampoco iban a quitarme el sueño los cocineros, entre otras cosas porque tenía preocupaciones más inmediatas. Laura acababa de descubrirme y se dirigía con rapidez hacia las escaleras que separaban el lugar donde ella había estado apostada como un sioux, oteando el horizonte en mi busca, de la puerta de salida hacia la que me dirigía.

He de reconocer que perdí algunos valiosos segundos deleitándome en la contemplación de mi bella perseguidora. Indudablemente aquella chica tenía algo especial. Avanzaba veloz y atlética abriéndose paso entre la gente sin muchos miramientos, pero nadie parecía molestarse. Viéndola acercarse, con su melenilla rubia al viento, a ratos parecía una atleta profesional, esquivando, fintando, saltando sobre los obstáculos, y al momento siguiente parecía una niña jugando al escondite. Daban ganas de dejarse pillar.

Pero fue sólo un momento de debilidad. Luego recordé lo de los muertos, las latas asesinas y el lío en el que podía meterme y decidí continuar con mi plan de fuga.

Afortunadamente, aún quedaba mucha gente y no iba a poder alcanzarme porque la salida estaba ya a mi alcance. Al menos eso creía, porque cuando apenas me quedaban unos metros para culminar mi triunfal escapada, apareció en la puerta él.

Él era Julio Enmedio, el dueño de la librería gastronómica «El Bistec Lector», en la que se suponía que tenía que estar firmando libros. Supongo que cuando Laura le llamó para comunicarle que no podía acudir a mi cita, había cometido la indiscreción de decirle dónde iba a estar. Eso era no conocer al librero, si no nunca lo hubiera hecho.

Julio es un encanto. Una de las pocas personas que consiguen que viaje y acuda una vez al año a las firmas de libros que me organiza en su librería. No faltó nunca porque me vende una cantidad inaudita de libros, porque organiza muy bien las cosas, porque pone un vino muy rico y, sobre todo, porque no se le puede decir que no.

Tiene una especie de bloqueo psicológico, de esos malos de la infancia, que le imposibilita la comprensión del concepto «no». De nada vale que te esfuerces, argumentes o desgañites. Tú dices no y él oye sí. Y así va por la vida. Y no le va mal. De hecho, de su librería, sale gente con libros que nunca hubiera imaginado comprar. Él pregunta que si te lo vas a llevar, señalando el ejemplar que tienes en las manos, y ya digas lo que digas, has caído en sus garras. Es curioso porque el «sí» lo entiende perfectamente.

La cosa es que allí estaba, bloqueando mi escapatoria, y cargado con dos cajas de libros, seguramente míos. Se ve que había pensado que si no podía firmar en su librería, me ponía a firmar libros en cualquier rincón. Y eso no. No era el lugar (¿qué iba a pensar la gente si me veían firmando libros en Cocina Fusión?), ni era el momento, perseguido como estaba por una rubia.

Cuanto más lo repetía más raro me sonaba aquello. Normalmente las rubias no te persiguen, y si te persigue alguna, tú no huyes. Y mira que haríamos bien en huir de las rubias más a menudo.

Pero vamos, que estaba rodeado. Laura se acercaba peligrosamente avanzando por el hall, y Julio bloqueaba mi acceso a la puerta, aunque afortunadamente las cajas de libros no le dejaban ver bien y aún no me había localizado.

Miraba a uno y otro lado sin saber hacia dónde huir, y la verdad un tanto desesperado por el brutal choque de galaxias incordios que se me aproximaba, mi librero y mi rubia, cuando un reflujo en las arcanas fuerzas que rigen el movimiento de las multitudes, me arrastró como un barquito de papel en la corriente humana.

Habían abierto una degustación de un nuevo whisky de malta y nadie quería perdersela. Tan afortunada circunstancia consiguió que, gracias al alboroto que se formó, la muchedumbre me arrastrara y, en la confusión, mis perseguidores me volvieran a perder de vista momentáneamente.

Me dejé llevar un rato, hasta que poco a poco fui consiguiendo salirme de la marea de dipsómanos ansiosos. Vi una puerta y no dudé. Parecía un buen sitio para esconderse y rehacer mis planes de fuga. La abrí, entré y volví a cerrarla precipitadamente a mis espaldas, confiando en que no me hubieran visto.

Curiosamente la sala estaba en penumbra, iluminada tan solo por las llamas tenues de unas velas. Y antes de que mis ojos se acostumbraran a la falta de luz una voz me dijo en tono amable:

—Adelante, únete a nosotros,

Y el que hablaba era un hombre desnudo.

Cada vez hay más cocinas raras, de esas que los nietos guasones les enumeran a las abuelas en las comidas familiares para verlas salir corriendo, llevándose las manos a la cabeza. Algunas simplemente exóticas como la macrobiótica, la vegana o la molecular, otras puro marketing como la dukaniana, o directamente esotéricas como la de los comedores de luz, que no es que coman bombillas, es que se alimentan del aire y el sol. Cada quince días sale alguna variante y ya empieza uno a estar acostumbrado. Aún así, lo del hombre desnudo me sorprendió.

Por varias cosas. La primera es que aunque iba desnudo, llevaba calcetines y un gorrito de cocinero. Supongo que para que los no iniciados supieran quién era el chef. Lo de los calcetines, ni idea. Igual es que era friolero. Lo segundo, porque aunque conocía la cocina ayurvédica, la del dulce, salado, amargo, picante, ácido y astringente, los seis sabores básicos de la naturaleza, la variedad naturista que practicaba este hombre, según indicaba un cartel apoyado en un trípode junto a la puerta y como atestiguaba la desnudez de los participantes, me era absolutamente desconocida.

Y debía ser carencia mía, porque tenía un montón de discípulos, todos en pelotas, todos en cuchillas, reunidos en torno a su mesa, preparando flamenquines. Sí, ya sé que no suena muy ayurvédico, pero eran flamenquines.

Y confieso que todo aquello me intrigó un poco. No es que me pareciera raro. Al fin y al cabo había estado en el neoyorquino Studio 54, la famosa discoteca donde se reunía la gente más crápula de los 70 en torno a Andy Warhol, en sus mejores años, así que estaba uno curado de espantos, pero tenía franca curiosidad por ver qué pasaba cuando empezaran a freír los susodichos flamenquines, yendo en bolas y con lo que salta el aceite hirviendo. A Warhol le hubiera encantado la escena.

Pero vamos, que tampoco me pareció nada raro. Y al fin y al cabo aquello era Cocina Fusión. El año anterior les había dado por comer pulpos vivos. Eran unos cefalópodos pequeños, que enrollaban en un palillo y se los comían de un bocado. La fórmula era al parecer coreana, pero aquí nos había llegado directamente de New York, donde se había puesto muy de moda. Fue gracioso. Los pulpos, aunque pequeños, no eran idiotas, y una vez dentro de la boca de la gente, se agarraban con un tentáculo a la campanilla para no ser engullidos. El Samur no paró de atender urgencias. Lo más curioso es que a algunos les sacaban de la boca el pulpito que había estado a punto de liquidarles y aún azules por la asfixia volvían a ponerse a la cola para repetir.

En cualquier caso, rechacé la oferta de unirme a la reunión (lo que me faltaba con el día que llevaba era quemarme el pito con aceite hirviendo), me disculpé, entreabrí la puerta para comprobar que no había peligro y me lancé de nuevo a la vorágine gastronómica.

La cata de whisky de malta se había terminado enseguida, como arrasada por una marabunta de beodos, y algunos de los asistentes a la feria, ya se habían animado más de lo aconsejable, así que para seguir la fiesta, se habían acercado al stand del jacuzzi con gintonic, y capitaneados por un cocinero vasco muy popular y televisivo, intentaban quitarle los zapatos de tacón a una de las aterradas azafatas, para beber en ellos. Aquello se iba animando. Unir alcohol gratis y cocineros es lo que tiene.

—No me extraña. Si es que con las raciones tan pequeñas que ponen aquí, la comida no les hace madre en la barriga y se emborrachan enseguida.

Tan sabias palabras provenían de un setentón de pelo blanco que estaba de pie a mi lado. Le miré con curiosidad y él, que debía estar aburrido, aprovechó mi atención para seguir pegando

hebra.

Me contó que tenía un restaurante de carretera cerca de Burgos, que su especialidad era el rabo de toro, y que si les ponía una ración como las que ponían allí a sus clientes, lo ataban a la vía del tren, al paso del mercancías. Que era lo que le iba a pasar a su hijo, aseguraba. Que estaba obsesionado con modernizar el restaurante, se había empeñado en venir al Cocina Fusión, y lo había arrastrado hasta allí.

Me tendió una tarjeta de su negocio y me dijo que si quería comer un rabo de toro como en mi vida, aprovechara, que cuando se hiciera cargo el hijo, podía irme olvidando.

Al pobre hombre se le veía fastidiado. Y aunque yo no decía nada, mi atención debía resultarle reconfortante, porque no paraba de largar, desconcertado por el eterno conflicto generacional que ahora le tocaba vivir en carne propia. Que no era pequeño, como descubrí cuando me contó que hacía unos días, mientras preparaba su legendario rabo de toro de toda la vida, de varias horas de fuego lento, paciencia y mimo, su hijo se le plantó al lado y le dijo:

—Papa... —papa sin acento, como si en vez de a su progenitor le hablara a un tubérculo — eso que estás haciendo con la cocción hace que las estructuras moleculares de los ingredientes con los que trabajas se modifiquen más y más, en la medida en que la temperatura rebasa el punto de ebullición. ¿Y qué pasa? Los lípidos de las membranas pierden su capacidad de actuar como barreras moleculares y las proteínas de la preparación se desnaturalizan de forma irreversible.

Me miró con los ojos húmedos, como quien recuerda la pérdida de un amigo querido, y yo no pude menos que sentirme solidario. Esas cosas no se dicen delante de un guiso de rabo de toro como Dios manda. Yo estoy ahí y le tapo los oídos, que los rabos de toro oyen hablar de lípidos en las membranas y se te malean de forma ya irreversible. Lo que me sorprendió, en cualquier caso, es que se hubiera aprendido tan literalmente las complejas palabras de su hijo.

—Es que quiero que las pongan de epitafio en mi tumba. Porque este hijo mío me va a matar. Y quiero que sepan de qué he muerto.

Se comprende que, conmocionado por la conmovedora historia, no me diera cuenta de quién se acercaba por mi espalda hasta que oí su voz. Era Laura llamándome. Si es que en esto de las fugas, no te podías distraer un momento. Ay señor, qué estrés. Afortunadamente cometió el error de hacerlo desde lejos y pude improvisar una maniobra de huida. No era muy original, de esas que dices, oye el Falsarius este es un James Bond, pero a veces funciona. Me metí en los lavabos de caballeros.

La verdad es que no tenía mucha confianza en mi desesperada táctica, porque Laura no parecía de esas chicas que vayan a detenerse por el monigote de un señor pegado en una puerta.

Esperé unos segundos. Y sorprendentemente no entró. Tal vez porque pensaba que antes o después tendría que salir por mi propio pie. Pero se equivocaba. Y ese minuto de más que tardó en entrar, me dio el tiempo suficiente para acercar una papelera a la ventana de ventilación que daba a la calle, subirme a ella, encaramarme, y no sin antes despedirme de la rubia agitando sonriente la mano, descolgarme y saltar al exterior. Al fin libre. Hasta nunca Cocina Fusión.

Yo creía que lo difícil estaba hecho, pero qué error. Había echado a correr porque no podía acercarme a coger uno de los taxis que esperaban en la puerta de la feria, pensando que Laura estaría allí. Y, oye, qué manía la de hacer estas cosas en sitios raros y polígonos empresariales. Una vez que te alejabas del centro de congresos, aquello era un desierto taxístico. De hecho hubiera sido más fácil encontrar un dromedario que un taxi libre.

Empecé a recorrer las calles y nada, imposible. Todos los que pasaban iban ocupados y guiados por conductores cabroncetes que me miraban regodeándose en mi desgracia. Algunos, incluso, me enseñaban la mano con el dedo extendido. Me estaba hartando, así que tenía que tomar

alguna decisión drástica.

Vi a un repartidor de pizza que se acercaba montado en su ciclomotor, se me encendió la bombilla y le hice señal de que se detuviera, con gesto serio e imperioso. Muy serio, pero con un billete de cincuenta euros en la mano, que eso suele favorecer mucho las relaciones interpersonales. Y lo suyo debió ser un amor a primera vista, porque fue ver el efectivo y frenar en seco.

Llegamos rápidamente a un acuerdo y accedió a llevarme al centro. La verdad es que bien pensado, era raro ver a un pizzero por aquellos andurriales y a aquellas horas, y así se lo hice saber. Y me contó, que no tenía nada de extraño. Que de hecho su jefe se estaba forrando con lo de Cocina Fusión, y que todos los días hacía un montón de viajes para atender pedidos. Que no sabía lo que darían de comer ahí, pero que no paraban de pedir pizzas, que él entregaba discretamente por la puerta de atrás.

—Y no se crea que pizzas de esas que tenemos con rúcula, con tomate fresco y cosas así. De eso nada. Las que les molan son las de bien de grasaza, sobre todo la especial matanza, con chorizo, bacon y sobrasada.

Por lo visto, según decía su jefe, le habían pedido discreción. Tal vez por eso, en vez de con su uniforme habitual, iba vestido como un camello de yonkis, con una chaqueta negra de cuero y gafas oscuras.

—Y me ha cacheado ya cuatro veces la policía, porque pensaban que en vez de pizzas les estaba pasando papelinas.

No parecía muy contento.

—Lo que sí le digo es que los cocineros estos de ahora son unos roñicas. Dejan unas propinas que da vergüenza. Y claro, he visto el billete y he pensado que me arreglaba el día.

Iba a contestarle que no es que den poca propina, es que la dan deconstruida y parece menos, pero no me dio tiempo. Le metió dos acelerones a la moto y me invitó a que subiera. Y eso hice, ajustándome en el poco espacio que quedaba libre. Arrancó y nos pusimos en marcha a una velocidad inaudita para tan magro vehículo.

Y oye, aunque hacía frío, con el rescoldillo que aún quedaba en el transportín, de las pizzas que había contenido, el culo por lo menos lo llevaba calentito.

Me gusta Madrid de noche. Visto en la distancia, con sus prometedoras lucecilla de colorines, es como la casita de dulce de Hansel y Gretel. Te llama, te obnubila y no te lo quieres perder. Lo malo es que, como en el cuento, en Madrid como te descuides te come la bruja. Y encima ni siquiera te has comido antes el chocolate.

Era bueno no olvidarlo, sobre todo teniendo en cuenta lo precario de mi situación. Con la investigación de un deceso pendiente sobre mi cabeza, huido de una agente de Sanidad, cargando en mi conciencia con el secreto de una intoxicación alimentaria que estaba causando varias víctimas, con mi equipaje en el coche de Laura y camino de un destino incierto. Especialmente incierto porque mis planes sólo llegaban hasta ese momento. O un poco antes, porque lo de ir de paquete en la moto de un repartidor de pizzas era obviamente algo improvisado

No es que hasta entonces las cosas hubieran sido un prodigio de planificación, ni que pensara que mi plan de fuga fuera a estudiarse en las cárceles de todo el mundo por su astucia y originalidad, pero es que a partir de ese momento no tenía ni idea de qué hacer.

Pero las lucecillas de Madrid en el horizonte, seguían encandilándome como la primera vez que las vi siendo un niño, y por un momento todo me dio lo mismo. Vale que la moto no era una Harley y que iba de paquete, lo que siempre le quita lirismo al asunto, pero sobre dos ruedas, con el viento en la cara y por una amplia avenida, me sentía como en Easy Rider.

Y en lo mejor, cuando ya sólo me faltaba música de Jimi Hendrix para acabar de alucinar en lisérgicos colorines, un coche negro, grande y con unos cristales tintados que le daban un aspecto bastante siniestro, se nos puso al lado. Mantuvo la velocidad durante unos segundos, dio un brusco acelerón, nos sobrepasó y de un volantazo, nos cortó el paso. Para habernos matado.

Pero el pizzero resultó ser mejor piloto de lo que había sospechado. Es lo que tiene el tráfico de Madrid, si vas en ciclomotor, o te conviertes en un conductor experto o no sobrevives mucho tiempo. La cosa es que frenó, ladeando la moto y dejando que derrapara la rueda de atrás, y consiguió evitar que nos estampáramos.

Hubo un silencio. El aire olía a goma quemada y no se veía a nadie más por los alrededores. Aquello no tenía buena pinta. Sobre todo porque, de repente, se abrieron las puertas y se bajaron dos chinos. No es que uno tenga nada contra los orientales, pero aquellos trajes negros y las gafas oscuras, no presagiaban nada bueno.

Y los presagios se cumplieron, porque el pizzero se bajó de la moto y hecho un basilisco se fue para los chinos montándoles una bronca histórica. Un carácter el pizzero, oiga. Pero es lo que tiene el carácter, que sale cuando quiere, no cuando a uno le interesa. Y así fue. Sin mediar palabra, uno de los chinos, el que se había bajado del asiento del copiloto, le pegó un puñetazo en la boca del estómago, que dejó al motorista, primero doblado en escuadra y luego caído en el suelo sin respiración.

Hubiera debido coger la moto, darme la vuelta e intentar largarme de allí. Hubiera sido lo sensato, pero claro, si fuera un tipo sensato no iría por la calle con gafas de plástico y nariz postiza. Eso es así. En su lugar, me apeé yo también de la moto, me quité el pañuelo que siempre llevo al cuello y le hice un par de nudos en la punta.

Cuando el chino pasó sobre el abatido repartidor y se abalanzó sobre mí intentando atraparme, hice un movimiento de látigo con el pañuelo y le di un golpe en la nariz. Sonó un chasquido y el chino me miró con sorpresa durante un segundo, justo lo que tardó su nariz en comenzar a chorrear sangre, como si le hubieran abierto el grifo. Cerró los ojos y emitió un grito

ahogado. Y lo comprendí, porque lo del pañuelo duele. Lo sabía porque no era la primera vez que lo usaba. Han sido muchos años de viajes. Y en cada puerto siempre hay algún idiota que quiere hacerse el gracioso a costa del cocinero de la nariz de plástico.

Ahora tocaba guardar calma. Dicen los manuales y las películas de vaqueros que me gustan, que en una pelea lo más importante es guardar la calma. Pero no es fácil. El otro chino ya había dado la vuelta al coche y me sujetaba por la espalda, evitando que descabellara a su compatriota de un rodillazo en la cara, como era mi cabreada intención. A mis años, en una pelea sólo tienes una oportunidad, y la del pañuelo había sido la mía.

Tenía el brazo sujeto a la espalda y con la muñeca doblada. El tipo que me aplicaba la llave sabía lo que se hacía, porque tiraba hacia arriba y me forzaba a estar de puntillas, impidiendo cualquier intento de zancadillearlo y lanzarme hacia atrás, con la esperanza de caer sobre él y poder desasirme.

El de la nariz rota, se levantó, se la recolocó en su sitio con un giro brusco de los dedos y vino a ayudar a su compañero. Me sujetó por el otro brazo y me puso una mano en la cabeza obligándome a avanzar hacia el coche. Esos tíos eran policías. Hubiera apostado mi colección de latas Campbell's de langosta, tan ilocalizables hoy en día. Y no me gustaba la idea de estar en manos de unos policías chinos, con un coche sin identificar y tan lejos de su país. Por decirlo suavemente, estaba preocupado. Creo que se me entiende.

Pero entonces, el dios de los impostores, parecido al de las iglesias pero que en vez de un triángulo amarillo sobre la cabeza lleva una lata, hizo que los cielos se abrieran y de las nubes bajara un ángel en mi ayuda. Bueno, tal vez no fue del cielo, no lo enviaba dios, ni era un ángel, pero era rubia y guapa, que algo es algo. Era Laura, claro.

Uno de los chinos hizo ademán de soltarme e ir a por ella y entonces, y esto si era un milagro de los de manual, con su don de lenguas y todo, va la rubia y se pone a hablar en chino. No sé si mandarín, wu, cantonés o algún otro dialecto, que ahí a veces me pierdo un poco, pero chino, fijo.

El oriental que iba hacia ella se detuvo un momento, como sin saber qué hacer, pero el que me sujetaba el brazo a la espalda le ladró una orden seca, y siguió avanzando hacia Laura. Unos centímetros. No más. E hizo bien. Porque Laura le apuntó a la cara con una pistola. No una pistolita de esas pequeñitas como de nena, no. Un pistolón a lo Harry el Sucio que daba miedo verlo.

El momento fue tenso. Está uno harto de ver estas cosas en el cine y ya como que no te impresionan. Pero cuando eres tú el que está en escena y aquello no es la pantalla, sino la vida real, la cosa cambia. Bastante. Sin ir más lejos a mí en el cine, en esas situaciones, nunca me tiemblan las piernas.

Laura volvió a hablar en, presunto, chino y los orientales intercambiaron una rápida mirada entre ellos. No sé qué fue aquello tan convincente que les dijo, o si el idioma universal de una pistola, grande ya digo, apuntándote a la cara es de por sí bastante persuasivo, pero la cosa es que me soltaron.

Me alejé de ellos despacio, intentando mantener el tipo, como si a mí esas cosas me pasaran todos los días, más que nada por no parecer un pardillo delante de la rubia, pero no me quedó muy lucido. Lo de andar con las piernas temblonas es lo que tiene. Los chinos se dieron la vuelta sin pronunciar palabra, se subieron en el coche y se fueron.

Y no se fueron solos. Se fueron perseguidos de cerca por el pizzero que recuperado físicamente del golpe, pero con la razón claramente obnubilada, había arrancado su moto, y aceleraba inútilmente en su persecución mientras les gritaba «cabrones, chinos cabrones...»

Muy raro todo.

La rubia conducía en silencio, supongo que preocupada por ver si nos seguían, y un tanto mosca por mi huida. La situación era, por así decirlo, un poco incómoda, pero me daba igual. A mí es que me montas de noche en un coche y soy como un niño. Las lucecitas pasando me hipnotizan. Y se me quita hasta la indignación. Porque un poco indignado ya estaba. Y es que, o habían cambiado mucho las cosas, o los funcionarios del ministerio de Sanidad, por muy inspectores que sean, no llevan pistola. Es más, seguro que la mayoría ni hablan chino.

Lo bueno es que acostumbrado a que las rubias me mientan, me había creído la historia de Laura lo justito desde el principio. A los inspectores de Sanidad, por muy rubia guapa que sean, no se les cuadran los policías, como habían hecho los de la estación al verla. Y luego estaba lo de los chinos. Ahí entrábamos en terrenos más delicados, porque que te intenten secuestrar los chinos, siempre es molesto. Luego hacen copias piratas de ti y te venden por veinte céntimos en todas sus tiendas. Y a mí de latas envenenadas algo se me había dicho, pero la parte de las conjuras internacionales se ve que se le había pasado por alto. Laura iba a tener que darme muchas explicaciones. Aunque ahora lo importante era lo importante. Y yo lo que tenía era hambre.

—¿Dónde vamos? —le pregunté.

—A un lugar seguro —respondió sin dejar de mirar por el retrovisor.

Vi que nos acercábamos a una gasolinera y le pregunté si podía parar un momento. Como me temía, me lanzó una mirada torcida que hizo que sus ojos se clavaran en los míos como dos chinchetas azules. Una mirada de las que duelen. Inevitablemente me preguntó si pensaba volver a fugarme y le contesté que, tal y como estaban las cosas, y la de preguntas que había sin responder, no tenía la menor intención de separarme de ella.

Paró, compré unas cosas y continuamos. Poco tiempo, porque unas calles después, aparcó y nos bajamos del coche. Echó a andar con prisas, sin dejar de mirar a los lados. Llegamos a un portal, abrió y entramos. Se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada y nos metimos en el ascensor. Planta quinta, al fondo del pasillo una puerta blindada de madera clara. Abrió, encendió la luz y entramos.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—En mi casa.

No estaba mal. La primera cita y la rubia ya me lleva a su casa. Si eso me pasa con veinte años menos hubiera jurado que había plan. Con mi edad ya no era tan inocente, así que pensé que lo que buscaba era un lugar seguro y sin chinos.

Me dijo que me pusiera cómodo y yo le contesté que de comodidades nada, que dónde estaba la cocina. Me miró un poco extrañada, pero señaló una puerta blanca y me fui para allá.

—Voy a hacer la cena. Soy cocinero, ¿recuerdas? —le dije y ella me respondió con un divertido gesto de sorpresa.

Me gustaba cuando ponía esas caras.

Oye, nada del otro mundo, pero entre las cosas que encontré en la nevera y lo que había comprado previsoramente en la gasolinera, organicé un condumio bastante apañadito. De primero unas empanadillas de tapenade, que es un preparado provenzal de aceitunas negras, anchoas y demás, que se hacen enseguida y quedan estupendas. Y mientras las empanadillas estaban en el horno, aproveché para preparar un pastel de queso y salmón, que suena muy complicado pero que se hace con una tarta de queso pequeñita, de esas que venden envasadas al vacío, salmón ahumado

y una salsa de yogur. De postre, y aprovechando que había visto en la nevera una botella de limoncello, el licor italiano, hice un postre de limón que antes de servir regaría con un poco de chocolate fundido. Una cosa normalita.

Vale. Es verdad. Miento fatal. Igual quería lucirme un poco. Pero es que uno está acostumbrado a cenar solo, a pie de obra, en el mefistofélico laboratorio en el que se cuecen las recetas impostoras, y para una vez que cena con una rubia, no iba a preparar un bocadillo de chorizo.

Iba hacia la mesa con la cena sobre una bandeja, cuando Laura se levantó y me arrebató las dos cervezas que llevaba para acompañar el refrigerio. Se metió en la cocina y volvió con una botella fría de Perrier Jouët seco, un champán francés que goza de todas mis simpatías. La cena no tenía mala pinta. Lo único que esperaba es que, a la vista de los acontecimientos que últimamente rodeaban mi vida, no fuera la última. Bueno, y si era la última, tampoco estaba mal. Oye, que luego vas de sobrado porque es tu última cena y tomas, no sé, cordero, que es pesadísimo si te vas a morir luego, y te pasa como a Jesucristo. Tienes que resucitar al tercer día para comprar Alka-Seltzer.

Descorché el champán, teniendo cuidado de que el tapón no saliera disparado y le diera en el ojo, como me ha pasado en alguna ocasión más o menos romántica, serví y brindamos.

Alejó su copa de los labios y me dijo

—Me ha gustado.

—Sí, es muy rico. Tienes buen gusto con el champán.

—No me refería al champán.

—¿Entonces? —pregunté, pensando que se refería a que hubiera hecho la cena, a que no le hubiera sacado un ojo con el tapón o cosas de esas. Pero, una vez más, me sorprendió.

—El truco del pañuelo con el que le has roto la nariz al chino.

Ya era oficial. Aquella chica sabía cómo hacerte sentir importante. Lástima que me estuviera manipulando. O tal vez no. Pero como diría el poeta, tratándose del amor ¿quién puede pensar en el Infierno?

La cena había sido una especie de tregua, pero ambos sabíamos que había muchos temas pendientes. Llegaba la hora de las confidencias.

Se lo dije a Laura, estuvo de acuerdo y empezamos de nuevo por el principio.

La historia era extraña. Todo había empezado hacia tres semanas. Cinco muertos, en localidades distintas, distribuidas por toda la geografía española, y sin ninguna relación aparente entre ellos. La causa de la muerte había sido una repentina parada cardiorrespiratoria y al lado del cadáver siempre aparecía una lata vacía. Las conservas no tenían marca ni ningún signo de identificación, ni habían podido averiguar cómo habían llegado a manos de las víctimas.

—Supongo que analizasteis las latas ¿qué contenían?

—Berberechos. ¿Te sugieren algo?

Claro que me sugería algo. Un buen berberecho de lata es una de las joyas de la corona de una conservera de prestigio. El problema es que la mayoría de las latas de berberechos que se encuentran en el mercado son muy malas. Pequeños, con arena que te hace chirriar los dientes al masticar, con un sabor desagradable como a marea baja. Un desastre.

Pero el día que encuentras una lata de berberechos ricos, gallegos, grandes, jugosos, de aspecto terso y brillante, ese día tocas el cielo. Si puedes costearte una lata de esas, porque normalmente valen un huevo. Disertación esta más bien imbécil, porque no conducía a ningún sitio interesante, así que me ahorré pronunciarla en voz alta, y busqué otra línea de argumentación.

Le expliqué que hacía algunos años no era tan raro que ciertas empresas familiares hicieran una pequeña serie de conservas caseras en lata, para consumo particular o vender entre los conocidos. Esas latas no llevaban ningún tipo de marca. Cabía la posibilidad de que se tratara de un caso así y que por alguna razón se les hubieran contaminado con alguna bacteria, clostridium botulinum, por ejemplo, dije chuleándome un poco.

—No es botulismo —atajó ella rápidamente, fastidiándome el lucimiento—. El análisis de las latas no ha revelado ningún producto tóxico

La verdad es que tampoco esperaba acertar. Las muertes por botulismo son muy raras y se trata con relativa facilidad si no hay complicaciones, pero para un nombre científico que se sabe uno, tampoco es cosa de dejar pasar la ocasión de utilizarlo.

Varios muertos, cada uno con su correspondiente lata de conservas vacía al lado, ningún veneno. La verdad es que el asunto estaba empezando a interesarme. A interesarme y a inquietarme al mismo tiempo. Si se corría la voz de que había una partida de latas asesinas por ahí, iba a cundir el pánico. Y yo a quedarme sin trabajo.

—¿Puedo ver alguna de las latas? —pregunté.

Se levantó, salió de la habitación y volvió al cabo de un momento con una bolsa de plástico transparente, con la lata dentro. Qué emocionante. Era como el CSI.

—Imaginé que querrías ver una, pero tienes que ponerte guantes —dijo a la vez que me tendía unos de esos de cirujano.

Hice el ridículo durante un rato más largo de lo aconsejable intentando introducir mis manos en aquellos guantes quirúrgicos, hasta que finalmente lo conseguí. O casi. Algún dedo no había entrado del todo y la punta se quedaba fofita y vacía, como el final de un preservativo. Si quieres impresionar a una rubia y no eres cirujano, no intentes ponerte delante de ella unos guantes de látex.

Finalmente puede coger la lata y la examiné. Efectivamente no tenía ninguna marca. Por lo

demás, parecía normal. Si acaso, un poco más grande de lo habitual. Me la acerqué a la nariz y la olí con cuidado. Con cuidado y una cierta prevención, para qué vamos a engañarnos. Que era una lata presuntamente asesina y no estaba esposada.

—Eran gallegos —dije.

—¿Qué? —preguntó ella, un poco sorprendida.

—Los berberechos, digo, eran gallegos. Y no llevaban envasados mucho tiempo.

Miré la lata acercándola a la luz

—Menos de tres meses.

—¿Sabe eso mirando la lata? —preguntó con sorpresa. O con la sensación de que le estaba tomando el pelo. No sé.

La ignoré, haciéndome un poco el interesante, como si estuviera inmerso en profundas cavilaciones. Sé que es un poco patético, pero a veces los humanos, en especial los humanos hombre, somos un poco así. Tras una pausa, y cuando ya empezaba a sentirme un poco ridículo con tanta tontería, continué:

—Venían en su jugo. Lástima, si hubiera sido una conserva en escabeche habiéramos podido saber más. El vinagre reacciona con la masa visceral del molusco y deja unas leves marcas en la lata que nos habrían dado más pistas.

Y como ya estaba lanzado proseguí:

—En cuanto al envasado, efectivamente no es industrial. Es una lata artesana, lo que representa una buena noticia.

—¿Es bueno? —preguntó ella interesada.

—Sí, porque significa que normalmente será una tirada pequeña, y teniendo en cuenta que pueden ser latas asesinas, cuantas menos haya sueltas por ahí, mejor.

Me dio la impresión de que estaba realmente sorprendida. Pero vamos, que cualquiera que haya trabajado un poco con latas, las haya estudiado y, sobre todo, se haya comido tantas como yo, podría habérselo dicho. Bueno, aunque igual latamánicos obsesivos tampoco somos tantos. Yo lo decía por sentirme más normal, que a veces gusta. Volví a acercar la lata a la luz y apuré un poco mi suerte.

—El sellado se ha hecho con una máquina manual de envasar. Un trabajo artesanal. Con una Somme, diría yo, y de las antiguas. Ni las pequeñas empresas utilizan ya este modelo. Es una pieza de colección.

Efectivamente, una belleza rotunda y fiable, con ese aire escultórico de los aparatos antiguos, recordando siempre un poco a viejas locomotoras, que convertía cada lata sellada en una pieza única. Siempre quise una máquina de esas.

Y pensaba que qué envidia, cuando Laura añadió a sus súper poderes de rubia, la capacidad de leer el pensamiento. O al menos eso pareció porque, de repente, me preguntó así como al descuido, en plan serpiente ladina hablándole a un inocente ratón

—¿Y tú tienes una de esas?

Qué poco me gustaba aquello.

—¿Por qué lo preguntas? —dije temiendo oír la respuesta.

Ella giró la cabeza y clavó en mis ojos sus ojos azules, como dos jeringuillas de pentotal, buscando respuestas.

—Porque hay quien piensa que tú eres el asesino.

La vanidad es muy mala. ¿Te podrás creer que sus palabras me hicieron sentir un cierto orgullo? Algo en plan, hola, soy Falsarius Chef, el asesino psicopatilla loco. Hasta ese momento nadie había dicho nada de crímenes, y sin crimen no hay asesino, pero si esto era obra de un psicópata homicida, el tío era un artista Y que me hubieran tomado a mí por alguien tan listo, como no me pasa mucho, es más no me pasa nunca, pues oye, algo de ilusión ya me hacía.

Pero claro, tampoco era cosa de decírselo a Laura, una chica muy mona y agradable, pero a la que no conocía de nada y a la que seguramente le importaba un rábano que me pasara entre rejas el resto de mi vida, aunque fuera inocente. Así que contraataqué:

—Y ya que hablamos de sospechas, ¿vamos a seguir jugando a creernos que tú eres de Sanidad? —le dije con un tono adecuadamente faltón.

—No te pongas así. Yo no creo que seas el envenenador. Es más, ni siquiera sabemos si hay un envenenador o es una desafortunada serie de coincidencias. Pero cuando esto empezó a pasar, mucha gente pensó en ti. Es lógico. Te has hecho muy popular por tu pintoresca relación con las latas. La gente oye «latas» y piensa en Falsarius.

Y por si fuera poco estaba el muerto del tren. Y encima yo presumiendo de ser un experto en latas. No, si bien mirado, hasta yo mismo empezaba a pensar que a lo mejor era el culpable. El único problema es que no tenía ni idea de cómo se puede matar a alguien con una lata de berberechos, sin dejar ni rastro y, es más, sin que parezca un crimen. Me declaré a mí mismo inocente por falta de pruebas. Y seguí con lo mío.

—No cambies de tema. Si no eres inspectora de Sanidad, ¿qué eres, ¿policía?

Laura dudó un momento. Por primera vez. Es lo que tienen las mentiras, en algún momento tienes que decidir si dices la verdad o sigues mintiendo.

Me aseguró que era verdad que en este asunto estaba colaborando con el ministerio de Sanidad, pero que realmente trabajaba para el Centro Nacional de Investigación. Y lo dijo rápido y como sin darle importancia, para ver si a mí me sonaba a burocracia sin más y se quitaba el muerto (qué inapropiada metáfora) de encima. Pero no, bonita, de eso nada. Que uno leía el periódico de vez en cuando. Y el CNI son nuestros espías, en plan la CIA, el Mossad y líos de esos. Que parece que no, pero aquí también tenemos espías como en las películas. Nunca había conocido a uno. Molaba.

Molaba pero complicaba aún más las cosas. El CNI es el organismo estatal que se ocupa de conocer e informar al Gobierno de aquello que pueda afectar a la seguridad, estabilidad y defensa del Estado, y pensar que unos berberechos pocos, por mucho muerto raro que estuvieran provocando, merecían la atención de nuestros espías, me parecía mucho pensar. La Guardia Civil, la Policía Nacional, vale, pero lo del CNI no encajaba. Claro, suponiendo que en esta historia encajara algo. Porque si todo lo que tenían nuestros servicios de inteligencia era a mí como sospechoso, no es por nada, pero la seguridad de nuestro país era muy preocupante.

La rubia suspiró con cansancio y se puso de pie. Y yo, claro, ya sabía lo que iba a pasar. Ahora sacaba la pistola y me pegaba dos tiros. Uno por ahí, en cualquier sitio, para que me doliera un rato y me fastidiara, y otro en la cabeza cuando intentara huir arrastrándome, hecho una piltrafilla. Por lo menos en las pelis es siempre así. Pero vamos, que igual estaba fantaseando un poco, porque en realidad lo que hizo fue decirme:

—Necesito un gintonic ¿Te preparo uno?

Eso no me lo esperaba, pero estaba bien. Eso sí, preocupado por las modas y teniendo en

cuenta que veníamos de Cocina Fusión le aclaré.

—Vale, pero el mío sin pepino.

Cuando volvió con las copas, bastante ricas por cierto, con tónica, ginebra y limón, y oliendo un poco a colonia, como todo gintonic que se precie, parecía haber puesto en orden sus ideas. Y algunas cosas empezaron a encajar.

El caso de las latas traía de cabeza a la policía desde hacía meses, pero efectivamente, a ellos, al CNI, no les había afectado. O al menos fue así hasta hacía un par de semanas, cuando los organizadores confirmaron la presencia de Wen Hai Carvalho, el cocinero y disidente chino, en el Cocina Fusión.

La causa por la que, según las paranoias de Matías, los servicios secretos del gobierno estaban secuestrando bloggers gastronómicos. Qué curioso. Yo tenía una blog de cocina. ¿Estaría narcotizado el gintonic?

Bueno, seguro que cosas peores había bebido, así que le di otro trago a mi rica copa y seguí escuchando a Laura que, allí sentada frente a mí, hablando de espías y crímenes, con su gintonic en la mano, parecía sacada de una película de cine negro de los cincuenta. Si en ese momento hubiera encendido un cigarrillo, se lo hubiera llevado a los labios y me hubiera echado el humo en la cara, le pido matrimonio, o traiciono a mi país o acepto cargarme a su millonario marido para hacerla perversa heredera. Los mitómanos somos así.

Pero no. La cuestión era que por culpa de esta visita, el Ministerio de Seguridad del Estado chino, el MSS según sus siglas internacionales, sus espías para entendernos, había estado desarrollando una intensa actividad en nuestro país. Eso había obligado al CNI a implicarse en el asunto.

—¿Qué sabes de Wen Hai? —preguntó, y yo puse en marcha la Falsariuspedia.

—Cocinero de la República Popular China, hijo de un diplomático chino y una gallega de O Carballiño, provincia de Orense y capital mundial del pulpo. Una de las figuras más respetadas de la actual cocina mundial, me refiero a Wen Hai, no al pulpo, y famoso por el trabajo minimalista que lleva a cabo con los alimentos más esenciales.

Mis conocimientos, si no la abrumaron, al menos parecieron convencerla de qué algo sabía del asunto, porque me siguió contando. Y yo encantado de haberla convencido, porque lo de que la señora madre del cocinero era de O Carballiño, me lo acababa de inventar. *Impostores for ever*.

El MSS chino tuvo noticias de las muertes y no tardaron en hacerse la misma reflexión que ellos se habían hecho. La cercanía de Cocina Fusión, con su repercusión internacional, y el asunto de las latas podían estar relacionados de alguna forma. Y la asistencia de Wen Hai volvía la situación muy delicada.

Aquello era un disparate. Así se lo dije. Sin más adornos. Sorprendentemente ella no me quitó la razón. Dijo que ya lo sabía, que todo aquello no tenía ni pies ni cabeza, pero que no podían dejarse cabos sueltos.

En cualquier caso, reflexioné yo, ¿a los chinos qué más les daba? Si le pasaba algo al disidente, pues un disidente menos. No daba la impresión de que a China le hubiera preocupado nunca mucho el bienestar de sus críticos.

Pues no. También me equivocaba. Por lo visto lo último que querían era que le pasara algo a Wen Hai, sobre todo algo tan extraño como lo que estaba pasando, y que el mundo pensara que habían sido ellos. Tenía sentido. Relaciones públicas. Esto en las pelis de James Bond no pasaba. Los malos ya no son lo que eran.

Pues muy bien, pero lo que no tenía ya explicación posible, era lo mío. Vale lo del disidente, vale lo de Cocina Fusión, las relaciones públicas y demás, pero ¿qué querían de mí los chinos?

Yo no tenía nada que ver. Ahí les había pillado.

Pues me equivocaba otra vez. Por lo visto los chinos, al enterarse del asunto de las latas asesinas, también habían pensado en mí. Aquello me parecía absurdo y así se lo dije a Laura. No me lo podía creer. Y ella, un poco harta, me replicó:

—Tú escribe «cocinero latas» en Google, dale a buscar y verás qué pasa.

—¿Qué pasa? —pregunté muy sorprendido por aquel informático cambio de tema.

—Que entre más de un millón de resultados, lo primero que aparece es tu nombre.

Y ahí ya salté.

—¿Estos son los sofisticados métodos de investigación de los espías? ¿Buscar en Google?

Y no contestó, pero se puso colorada. Lo juro.

El sorbo que le dio al gintonic, un poco más largo de los habituales, le vino bien, sin duda. Cogió aire, se arregló el pelo frotándolo con ambas manos y continuó hablando. Empezaba a parecer cansada. Y se le notaba. Oye, pero seguía guapa. Como más morbosilla.

Para empezar, me dijo que no me estaba enterando de nada. Que estos asuntos eran muy complejos y que no podía descartarse ningún hilo de investigación. Que lo habían pensado todo. Entre otras muchas hipótesis, efectivamente, que podía ser yo el causante o incluso alguien que estuviera contra mí. Y ahí yo pensé que más les valía que fuera yo el culpable, porque si tenían que buscarlo entre mis enemigos no iban a dar abasto. Tengo miles.

El problema es que en un asunto tan poco claro, me siguió explicando, no podías dejar nada al azar. Cuando se enteraron de que iba a ir a Madrid, coincidiendo en fechas con el Cocina Fusión, pensaron que debían hacer algo. Finalmente decidieron pedir mi colaboración. Si no tenía nada que ver con el asunto, la ayuda de un experto en latas no les iba a venir mal. Y si no, me tenían controlado, añadí yo para mis adentros. Bueno, por lo menos tenía sentido.

—Y en eso murió el tipo del tren y os pusisteis en lo peor —comenté.

—Hubiera sido lo lógico, pero finalmente parece que fue una casualidad.

Eso sí que me dejó desconcertado. Pero tenía su explicación. Al parecer mientras íbamos en el tren había fallecido otra persona. En Alicante. Tan sólo un par de horas antes. Se lo contaron en la llamada que recibió en el Cocina Fusión.

Por fin una buena noticia. No es que me dejara fuera de sospechas, que uno es sospechoso habitual, pero como don de la ubicuidad todavía no tengo, algún que otro muertecillo me iba quitando de encima. Con el de Alicante, los fallecidos habían sido seis, así que sólo me quedaban cinco.

Las oportunidades había que pillarlas al vuelo, y como además yo también empezaba a estar cansado, decidí abreviar y le pregunté cuál sería mi papel en esta historia. No parecía difícil. En realidad sólo tenía que acompañarla a Cocina Fusión y estar atento. Me aseguró que posiblemente no pasara nada, con lo cual los chinos se quedarían tranquilos y la investigación seguiría su curso por los cauces policiales habituales.

—Y exactamente ¿qué tengo que hacer? —pregunté.

—Ir conmigo y avisarme si ves algo raro.

Y añadió sin despeinarse:

—A mí todas las latas me parecen iguales.

Y realmente debía estar muy cansado porque ni siquiera me dio un síncope al oír tamaña herejía.

Aparté las sábanas revueltas, acaricié su pelo rubio y retiré con cuidado el delicado brazo que reposaba en mi pecho desnudo. No podía creer que aquello hubiera sucedido, así tan de improvisado, sin apenas conocernos. Pero no había duda, era real. A mi lado había una pequeña muñeca Nancy con la que había pasado la noche.

Supongo que me metí tan cansado en la cama del cuarto de invitados de Laura, que no me dio tiempo ni a retirar lo que supuse era un recuerdo de infancia. Bueno, de no poder ser otra cosa, mejor una Nancy que un Geyperman barbudo. El osito había tenido más suerte, se había caído al suelo y se había ahorrado el trance de pasar la noche haciendo un trío con la Nancy y un señor con bigote.

Me incorporé cuidadosamente y mis ideas comenzaron a aclararse. Estaba en casa de Laura y era aún de madrugada. Vi una luz encendida en el salón y me levanté a mirar. Era la rubia.

Se había quedado dormida trabajando con el ordenador. Supongo que intentando darle algún sentido a aquella historia, que parecía no tener ninguno. Estaba acurrucada, con el portátil sobre las piernas y descalza. De la chimenea que habíamos encendido durante la cena apenas quedaban rescoldos y parecía tener frío.

Viéndola así no parecía una espía. Respiraba acompasadamente y tenía un gesto tranquilo y relajado, pese a tener la cara apoyada sobre el incómodo respaldo. Parecía una estudiante que se hubiera quedado dormida haciendo los deberes, sin más preocupaciones que la de ir al día siguiente al colegio.

Cogí una pequeña manta de alpaca que vi sobre un sillón y la tapé con ella. Cerré el pequeño ordenador que tenía sobre el regazo, y me disponía a dejarlo sobre la mesa baja que había al lado, cuando me habló.

—¿Sabes que sin gafas tienes unos ojos muy bonitos? —y una sonrisa gamberra y encantadora se le insinuó en los labios.

Sobresaltado, me llevé la mano a la cara y comprobé que era cierto. No llevaba puestas mis gafas con nariz postiza. Me había visto sin disfraz. Me sentía infinitamente desnudo y descubierto. Ese era el momento en el que hubiera tenido que sacar del bolsillo mi borrador de memoria, haberle dado una descarga y haberme vuelto tan tranquilo a la cama. Pero como nunca tiene uno un borrador de memoria a mano cuando lo necesita, me quedé allí de pie frente a ella sin decir palabra, mirando cómo se levantaba y se envolvía en la cálida y suave manta de alpaca mientras decía:

—Me voy a la cama.

Y antes de que yo pudiera contestar nada, se acercó a mí y poniéndose levemente de puntillas, me dio un beso muy suave en la mejilla.

—Gracias por la cena.

Y se fue. Y allí me quedé yo en medio del salón vacío, sintiéndome muy extraño. Pasó un buen rato antes de descubrir que alguien me miraba desde el dormitorio con ojos brillantes de cristal. Lo había visto todo. Creo que la Nancy tenía roto su pequeño corazón de muñeca. Y aunque volví a la cama creo que ni ella ni yo dormimos mucho el resto de la noche.

Cuando me harté de dar vueltas me levanté. Después de una ducha y aunque era temprano, ya era casi una persona normal. Bueno, vale, dejémoslo en una persona. En cualquier caso me dirigí a la cocina con intención de preparar el desayuno. Tras una mala noche, nada como un desayuno reparador.

Había conocido otras chicas que vivían solas y eran capaces de sobrevivir un mes con una dieta de ensaladas de bolsa, chocolate y yogures Activia, único contenido de sus neveras, que hubiera matado de frustración a sus congéneres masculinos más estrictamente carnívoros. Pero, Laura, como había comprobado la noche anterior mientras preparaba la cena, no era así y tenía una nevera bastante bien surtida. Y no sólo la nevera.

Cotilleando en una alacena encontré un bote de Nesquik, y aunque había puesto una cafetera a hacer, decidí prepararme una infusión de cacao con canela y una cucharadita de miel. Tan pintoresco brebaje tiene un notable efecto balsámico en mi espíritu, sobre todo si lo acompaño de una rebanada de pan con aceite de oliva rico.

En esas andaba cuando apareció Laura y me dio los buenos días. La había despertado el olor a café. Los adictos son así.

Como tuvo el detalle de hacer como si nada hubiera pasado la noche anterior, y no hacer comentarios sobre la nariz y las gafas que ahora sí llevaba puestas, la eché de allí y dije que esperara en el salón. No tardé mucho en aparecer con una bandeja. Café humeante, zumo de naranja y una pequeña tarta de manzana de mi invención, con sobaos y compota de manzana, que se hace en cinco minutos, pero que es una delicia. Flipó.

Flipó y le entró un loco frenesí. Se duchó y cambió de ropa, con la velocidad de Superman en una cabina telefónica, habló por el móvil, preparó unos papeles, escribió algo en el ordenador, todo básicamente a la vez, y verla me agotó. Tanto que me hubiera vuelto a la cama. Aunque un rápido cruce de miradas con la Nancy que me observaba con rencor desde el dormitorio, me hizo pensar que no era buena idea.

Tampoco hubiera servido de mucho. Laura me arrastró en su torbellino y pronto me vi en la calle, empujado al interior de su coche y atrapado en los atascos de aquel Madrid invernal y matutino.

Finalmente, con tanta prisa, llegamos al Cocina Fusión antes de que abrieran. No me lo podía creer, pero allí estaba yo, el que había jurado no volver jamás, no sólo de vuelta, sino además haciendo cola, esperando a que abrieran, con un frío de esos malos que hace a veces en Madrid, y que mezcla un sol radiante con una sensación térmica polar.

Afortunadamente, no estábamos solos. La cuadrilla que la tarde anterior había arrasado la degustación de whisky de malta, los mismos que, cuando los perdí de vista, bebían gintonic en el zapato de tacón de una azafata, también hacía cola.

Se veía que habían pasado la noche en vela y, por su hiperactividad, cualquier mal pensado diría que habían tomado algo más que copas. Seguían capitaneados por el popular chef vasco, que continuaba animando el cotarro con sus bromas, y allí, todos juntos, vestidos aún de cocineros, pero ya con los gorros torcidos y los delantales desabrochados, parecían un grupo de pastilleros colgados, esperando que abrieran el after.

Bueno, por lo menos no habían pasado la fría noche al raso. Estaba claro que venían de un club de alterne. Más que nada porque se habían traído a las putas. Igual el día no iba a ser tan malo como había imaginado.

Finalmente abrieron las puertas y entramos en el templo de la modernidad gastronómica. Antes de que me fulminara un rayo, como imaginé que pasaría cuando el dios de los cocineros de vanguardia se enterara de que mis impostores zapatos habían vuelto a hollar tan sacro lugar, Laura descubrió una degustación de café en la feria de productos gourmet, y allí nos dirigimos. A mí el café me pone un poco nervioso, pero hay que reconocer que el Newman's Own Organics colombiano que nos dieron estaba rico. Laura se tomó tres.

—¿Y ahora qué hacemos? —le pregunté cuando conseguí, no sin esfuerzo, alejarla del café.

Decidimos separarnos y hacer una primera batida. Sincronizamos nuestros relojes y quedamos en volver encontrarnos, transcurrida una hora. Si veíamos algo raro, nos llamábamos por el móvil. Todo de lo más profesional y de súper agentes chulos. Claro que si tenía que llamarla cada vez que viera algo raro en un sitio como aquel, no iba a soltar el teléfono. Ya me iba, cuando recapacité.

—Un momento —le dije—. Falta algo.

Me miró interrogante.

—¿No vas a darme una pistola? —pregunté con mi mejor voz de niño bueno.

Sólo tuvo que mirarme para saber que la respuesta era no. Íbamos bien, me estaba amaestrando como a un perro de feria. Ya me manejaba a golpe de pestaña. Lástima. Yo con una pistola en el Cocina Fusión me lo hubiera pasado bastante bien.

Al primero que vi en mi periplo gastronómico fue a Matías, el bloguero que me había encontrado el día anterior, madrugador y concienzudo, dispuesto a no perderse nada. Estaba con Lentejita, otra bloguera rubia que no se pierde ningún evento, suponía que comentando los detalles de la jornada que tenían por delante.

Aunque cuando llegué junto a ellos, resulta que hablaban de otra cosa. De reencarnaciones, creo. Matías sostenía que eso de las otras vidas era una filfa. Que a la gente la hipnotizaban, le hacían regresiones y resulta que todos habían sido Napoleón. Pero Lentejita no estaba de acuerdo.

—A mí me hicieron una vez una sesión y no había sido nadie famoso —comentaba la bloguera—. De hecho era una prostituta vulgar y corriente.

—¿En serio? —preguntó Matías.

—De verdad. Una puta de lo más normal —y tras una pensativa pausa, añadió—. Eso sí, me había tirado a Napoleón.

Les saludé y me pusieron rápidamente al día. Había una charla de los chefs Jordi Raola y Sebarategui sobre «Digestión empresarial, la influencia de los destilados en el monto de las propinas», y una interesante conferencia titulada «Pemmican Sioux de bayas, tuétano y carne seca: ¿trajo Colón de América la cocina de vanguardia?», que era oír el título y ya te estaba entrando hambre.

Bueno y todas esas demostraciones, degustaciones, presentaciones y demás acabados en «ones» que debe tener todo evento gastronómico que se precie. Pero sin duda el plato principal, valga la metáfora culinaria, dadas las circunstancias, era la demostración de cocina china paleolítica a cargo del famoso Wen Hai Carvalho, el cocinero disidente chino que tantas complicaciones nos estaba creando. Sintíendome ya debidamente informado, me despedí de Matías y le dije que me iba a dar una vuelta.

—Por cierto, ¿te acuerdas que ayer hablábamos de Armand Poche? Pues ha venido antes a verme.

Armand Poche, el cocinero pelmazo, pobre Matías.

—Y por raro que parezca, ya no está enfadado conmigo. Al revés, estaba casi encantador. Y yo que estaba preocupado. Igual tiene que ver con unos productos que está promocionando y unas

muestras que me ha dado por si quiero sacarlas en mi blog.

Qué exagerado. Esas cosas no pasan. Que alguien se baje los pantalones y pierda su dignidad por pelas es impensable. O no, espera, que esto no es el mundo de Pin y Pon. Ah, entonces igual sí.

—¿Y con qué deslumbrante invento va a sorprendernos ahora? ¿Jamón radiactivo que brilla en la oscuridad para cenas románticas?

—No —contestó sonriendo y señalando una caja de productos que tenía al lado—. Son varias cosas, y algunas no tienen mala pinta. Ya te contaré.

El bueno de Matías no era rencoroso. Le dije que luego nos veíamos y me perdí entre el público que empezaba ya a ser numeroso.

La cosa es que mucha risa con lo de jugar a los agentes secretos, pero según iba avanzando en mi ronda de inspección, empecé a ponerme un poco paranoico. Lo típico que coges carrerilla y, de repente, todo te parece sospechoso. Eso que vas, ves una alfombra de humo aparecer por debajo de una puerta y, claro, enseguida piensas ¿una bomba?, ¿un incendio? Pues no. El cocinero malagueño Tani Gracia haciendo una demostración con nitrógeno líquido a un grupo de periodistas británicos. Había llenado la habitación con una especie de niebla londinense, que te la llevabas a la boca y sabía a quisquillas de Motril. Toma corte.

Por eso, cuando un poco más delante oí los disparos, tampoco me preocupé mucho.

Es raro, porque si oigo tiros mi reacción natural, mi bote pronto digamos, es siempre correr en dirección contraria a la procedencia de las detonaciones. Vengan de donde vengan. Pero en este caso, tal vez imbuido de responsabilidad por el encargo que se me había hecho de estar alerta y vigilar, o quizás, y más posiblemente, porque tenía la sensación de que Laura me vigilaba discretamente en la distancia, y no quería salir corriendo y quedar como un gallina a los ojos de la rubia, decidí ver qué pasaba.

Descubrí que los presuntos disparos procedían de la puerta y hacia allí me encaminé, una vez más, solo ante el peligro, irreductible, fiel a mi estirpe de llaneros solitarios. Reflexión esta que me hice en voz baja, pero pensando con mucha fuerza, por si mi espía favorita, entre sus innumerables virtudes, atesoraba también la de la telepatía. Por quedar bien, vamos. Pero poco más pude pensar, porque fue entonces cuando lo vi.

Era un ego inmenso, monstruoso, que entraba por la puerta, ocupándolo todo. Y lo vi entrar. Y entrar. Y entrar. Y a los cinco minutos de interminable entrada, entró el chef Jordi Raola, su orgulloso propietario.

Venía montado en una gran moto Harley-Davidson, que me confirmó dos cosas. Que los disparos no eran tales, sino problemas de carburación del vehículo, y que yo, a esas alturas, efectivamente estaba un poquito paranoico. Él, por su parte, aparcó muy discreto en mitad del hall central, se quitó la cazadora de cuero negro y como no llevaba camiseta, todos pudimos ver sus tatuajes y los marcados abdominales, que no hacía mucho había lucido en una revista de esas de culto al cuerpo.

Sacó de las alforjas de la moto una chaquetilla negra de cocinero, se la enfundó y se encaminó hacia la sala principal a dar su conferencia, encantado de haberse conocido. Una chica muy emocionada, salió de entre el público que observaba la escena, se abrió la camisa y, enseñándole el pecho, le pidió a Raola un autógrafo, que éste le estampó sonriente en la tetilla derecha entre ovaciones del respetable. Un figura. Si no le daban la tercera estrella Michelin era porque había mucha envidia.

Como yo no tenía local de comidas abierto al público y la conferencia era sobre temas empresariales de la restauración, me separé del grupo que llevaba a Raola a hombros hacia el auditorio, y continué con mis pesquisas.

Pesquisas más bien inútiles por otra parte. Si era cuestión de ver algo raro, yo cosas raras veía muchas, pero ninguna parecía peligrosa.

Memé Rezpetí, el gran chef nórdico tan maníaco de la perfección, gritaba a sus cocineros, mientras preparaban la presentación de sus pinos comestibles, obsesionado como estaba por recrear los sabores de la naturaleza. El pino tenía de todo, tronco, ramas, piñas, orugas procesionarias, y ya sólo con el olor te sentías en medio del bosque. Eso sí, como igual comerse un pino, así tal cual, con sus cortecillas y todo, resultaba un poco indigesto, habían hecho una recreación, un juego de apariencias tan a la moda, y nada era lo que parecía. Bueno, salvo las orugas.

El resto eran sofisticadas exquisiteces que sugerían el sabor de la resina, de la pinocha o de la madera. El problema es que medía más de cuatro metros y no encontraban una bandeja adecuada para presentarlo. Y el dueño del Mona, a decir de algunos el mejor restaurante del mundo, si ya de por sí montaba unos pollos a su gente impresionantes cuando estaba de buen humor, imagínate cabreado.

La cosa es que su plato era impresionante. Tú llegas a un restaurante de estos modernos, en que no te dejan elegir lo que quieres comer, que qué sabrás tú, pobre analfabeto gastronómico, lo que te gusta comer, ni te dejan elegir el vino que quieres beber, que a nosotros no nos jodes tú el selecto maridaje bebiendo lo que te salga, y te plantan, nunca mejor dicho, un pino para comer. Y, oye, impresiona. Y si no te comes los cuatro metros de árbol con exquisito aroma a bosque, sale Memé Rezpetí y te grita. Aunque igual lo venden por raciones.

—¿Raíz, tronco o ramas? —te pregunta el maître.

—Tronco, por favor.

—Bien. Y del tronco ¿médula, duramen o albura?

—Albura me va bien.

—¿Extra de orugas en escabeche?

—No, muchas gracias. Las orugas se las introduce usted a su padre por el recto.

No podía esperar el momento de vivirlo.

Pero vamos que, gritos a parte, muy peligroso no parecía. Daba algo de miedo, pero a un tipo tan ecologista no te lo imaginabas matando a nadie con una lata. A mordiscos pudiera ser, pero con una lata no.

Tampoco parecía muy amenazador Reynaldo Urduruchy, el popular cocinero uruguayo que tuvo que salir exiliado del país de las vacas por decir que odiaba la carne y practicar la cocina vegetariana. Se había encadenado junto con una lechuga a una columna de la zona de degustaciones, como protesta por su injusta situación, pero la jugada no le había salido muy bien.

En un gesto ciertamente efectista, y que demostraba lo inquebrantable de su decisión, se había tragado la llave del candado que le aprisionaba. Y ya se estaba arrepintiéndose. Al poco de hacerlo, le habían plantado al lado un puesto de perritos calientes de buey Kobe, la carísima carne de una res alimentada con cerveza y masajeadada con sake templado, no olvidemos que aquello era Cocina Fusión, y ahora el pobre no podía huir.

Era dramático verle allí encadenado, rodeado de los efluvios de las lujosas y apetecibles salchichas que se doraban lentamente en una parrilla, y que él tanto odiaba, intentando taparse la nariz con la lechuga y sollozando amargamente.

Muy peligroso no parecía.

En otra de las salas estaba Fandanguillo de Huelva, un cocinero muy joven, andaluz, que tiene mucho talento y un nombre que es una desgracia. Sus padres, muy aficionados al flamenco, aprovechando el relajado en el tema de los nombres que trajo la llegada de la democracia, le llamaron así. Por amor a la afición que tanto les unía y porque habían pasado la noche en un tablao y llegaron al bautizo sin dormir y un poco puestos.

El pobre había hecho todo lo posible para quitarse ese estigma de encima, pero un nombre como ese marca mucho y acaba siendo indeleble. Finalmente había decidido rendirse y asumirlo. Abrió un restaurante en Japón y se estaba haciendo de oro con su local «El cocinero flamenco». Hacía recetas como la tortilla Sacromonte a ritmo del zapateado de Sarasate, y los expertos habían descubiertos que, por lo visto, la música se impregna en el huevo y luego la tortilla sabe a seguriya. Ya será. Su nombre suena para una segunda estrella Michelin.

En cualquier caso, tampoco parecía peligroso.

Un poco harto de dar paseos sin sentido, decidí subir a la parte de arriba y echar un vistazo desde las alturas. Y lo que vi era lo típico del Cocina Fusión, con sus cocineros, sus curiosos, los aficionados, los que buscaban hacer negocio o presentar sus productos, los de la prensa y los de la tele buscando rarezas gastronómicas que llevarse al telediario, y la gran fabada de record, cuyos preparativos ya estaban en marcha.

Qué era para verla. Una olla gigante, con unos quemadores de gas por debajo que, por el tamaño, debían haber traído directamente del infierno y un andamiaje metálico en alto, alrededor de la descomunal cazuela, para que los pinches de cocina pudieran ir haciendo el trabajo previo, antes de que los grandes chefs vinieran a hacerse la foto. Aquello iba a ser sonado.

Y de repente lo vi claro. Lo que de verdad podía ser sonado era que el criminal que buscábamos, si es que había alguno y suponiendo que el lío de las latas no fuera un macabro accidente, envenenara la fabada. De aquel guiso iban a comer cientos de personas y antes de que se dieran cuenta, todos muertos. Brutal. Ya estaba viendo los titulares: fabada mortal en Cocina Fusión.

Estaba a punto de llamar a Laura para contárselo cuando un detalle llamó mi atención. Uno de los pinches se llevó la mano al pinganillo de la oreja y le habló a la manga de su chaquetilla blanca de cocinero. Aquel tipo no era un aprendiz de cocinero. Era un policía. O un espía, que ya no sabía uno si en aquel tinglado quedaba algún cocinero de verdad.

Bien pensado tenía sentido que ya lo hubieran pensado. Lo de la fabada era muy tentador y debía ser el sitio más vigilado de todo el Cocina Fusión. Qué fastidio, para una vez que me estaba divirtiendo.

Total que volví a fijarme en la gente que deambulaba entre los stands. Curiosos, chicas con bandejas de degustaciones, periodistas, instagramers aficionados a la gastronomía, cocineros famosos concediendo entrevistas, los agentes secretos psicópatas chinos.

Un momento. Los agentes secretos psicópatas chinos, más concretamente los que habían intentado secuestrarme, no deberían estar allí, me dije. Y luego me corregí, porque las cosas como son. El que no debía estar allí era yo, que era un idiota que se deja liar por las rubias, que me acaban llevando de acá para allá como a un pelele. Y hubiera seguido muy gustoso insultándome y humillándome por mi estupidez, pero los chinos me habían descubierto y me señalaban con cara de muy mala leche.

No perdamos la calma, me dije mientras sacaba el móvil y marcaba el número de Laura con dedos nerviosos. Tú tranquilo, Falsarius, que se van a enterar estos cuando llegue la rubia, pensaba muy chulito, como si fuera el típico niño en el cole que tiene un hermano mayor cachas, dos cursos por encima. Pero, ay, paradojas de estos sitios tan sofisticados y tecnológicos, el maldito teléfono me informaba amablemente de que no había cobertura. Por lo visto tanta red wifi para los ordenadores bloqueaba en según qué zonas la cobertura telefónica. Y los chinos se acercaban.

Eché a correr escaleras abajo con la esperanza de alcanzar la puerta y pensando dónde demonios estaría Laura. Y lo que era más importante, dónde estaría ese enorme pistolón que escondía en una sobaquera bajo la chaqueta. Y lo que son las cosas, aún en plena huida y con mi integridad en peligro, me dio por pensar que seguro que el arma tenía un aromilla delicioso entre cuero, perfume y sobaquillo de rubia guapa, pero borré enseguida ese pensamiento de mi mente. No era el momento. A lo tonto, a lo tonto, me estaba poniendo concupiscente. Y dadas las circunstancias, no era plan.

Hubiera pedido ayuda, pero aquello era Cocina Fusión y allí mucha gente me odia. Digo en voz alta que me están persiguiendo unos chinos para liquidarme y la gente les ayuda. Así que por ahí iba mal. Por ahí y por cualquier sitio, porque los chinos me tenían acorralado. Se acercaban despacio, se les veía seguros y profesionales, y sabían que no tenía escapatoria. El truco del pañuelo no iba a funcionar otra vez, así que tal y como estaban las cosas, habría que volver a los clásicos. Mi boxística combinación de jab y derecha debía estar oxidada, así que sólo me quedaba la patada en las pelotas. El problema es que eran dos y una patada es poco para cuatro pelotas, aunque sean de chino. Por decirlo con multiculturalidad, lo tenía negro.

Estaban a punto de echárseme encima como dos codiciosas hienas amarillas, cuando el destino vino en mi auxilio de la forma más insospechada. Las cosas que pasan. Fue anunciar por megafonía que abrían una degustación gratuita de orujo ecológico cuando, de repente, sonó un estruendo que se acercaba hacia nosotros y recordaba a una estampida de animales salvajes en la sabana.

Giramos la vista y los vimos llegar. Daban miedo. Eran el popular chef vasco y su grupo de cocineros borrachos, abrazados a las putas que se habían traído de la velada nocturna, que se abalanzaban apresuradamente sobre nosotros. Sin pretenderlo nos estábamos interponiendo entre ellos y la degustación de orujo ecológico.

Ya era tarde para huir, así que el grupo se nos echó encima como una turbamulta ética, sin que pudiéramos evitarlo. Y lo que tienen las efusiones beodas, de repente se encariñaron con los chinos. Que si mira qué chinos más majos, que qué serios están, que esto es España y aquí hay que pasarlo bien, que vosotros os venís con nosotros, anda tócale una teta a esta y verás que durita, y en ese plan.

Y los chinos se miraban confusos y desconcertados, sin saber qué hacer, y eso les perdió. Cuando quisieron darse cuenta, la banda de cocineros exaltados y sus no menos eufóricas acompañantes se los llevaban a la degustación de orujo sin darles opción, en medio de un sinfín de palmadas en la espalda, sonrisas, abrazos y besos de tornillo. Estos iban a enterarse de lo que era una juerga. Casi me daban lástima. Yo creo que si al día siguiente, con la resaca, les das a elegir, hubieran preferido la patada en las pelotas. Pero así es la vida. Aproveché y me escabullí.

Me estaba hartando ya un poco de todo aquello. No hacía nada más que dar vueltas y lo único que había visto peligroso era el estar yo allí. Déjate de latas asesinas y fantasías raras. A saber, que ahora la gente está muy tiquismiquis y se muere por cualquier bobada. Que si, ay, que me ha pilado un autobús, que, uy, que me han clavado un cuchillo en el corazón, que, uf, que el agua mineral era lejía y como estaba fresquita me he bebido un litro. No sé. Yo creo que antes éramos más recios. Pero vamos, igual es que idealizo.

Lo que estaba claro es que las latas no sé, pero los chinos si eran un peligro real. Aunque igual esos dos, con unas cuantas copas de orujo hispano, por muy ecológico que fuera, dejaban de serlo. El problema con los chinos es que hay más. Mil millones y pico. A nada que se hubieran puesto un poco en serio, un millón de agentes secretos chinos persiguiéndome ya podía haber. O igual no. A mí es que con la adrenalina se me va un poco la cabeza.

En esas pintorescas divagaciones me andaba, intentando recuperarme del susto, cuando sonó mi móvil. Era Laura. Por fin.

Le conté mi aventura y quedamos en vernos junto a la puerta del auditorio. Conseguí llegar hasta allí sin problemas y confieso que al ver a la rubia, me alegré. Vale que me estaba metiendo

en un lío enorme, vale que casi me secuestran por su culpa, dos veces, vale que no me daba una pistola, pero con un poco de suerte nos cruzábamos con alguien conocido y se corría la voz por el gremio: ¿has visto la chavala que va con Falsarius?

Laura hizo una llamada y me aseguró que el asunto de los chinos estaba solucionado. Que muy seguramente tendrían pasaporte diplomático y que no podían detenerlos, pero que iban a estar vigilados.

Nos pusimos al tanto de nuestras respectivas pesquisas y todo lo que sacamos en claro es que, teniendo en cuenta que aquello era Cocina Fusión, no habíamos visto nada que se saliera de lo normal. Es más, ni una lata. Ni asesinas, ni criminales, esto es por ejemplo esas con mejillones pequeñitos, feos y arrugados, que saben a urinario público. Pues nada, ni de esas. Nada de latas. Y eso también era raro. Últimamente se estaba poniendo muy de moda hacer cosas con productos de lata. Normal, las marcas son las que tienen la pasta y con esto de la crisis los grandes chefs, ya miran las cosas del súper con otra cara.

Decidimos darnos un respiro y descansar un rato antes de enfrentarnos a la sesión de tarde, que era cuando se esperaba la llegada de Wen Hai Carvalho, el cocinero disidente, y su esperada conferencia.

Salimos, por fin al exterior y llené los pulmones de aire puro. Bueno, puro para lo que es Madrid, que no es mucho. Pero daba igual. Lo importante es que no olía a clavo, ni a albahaca, ni a brotes recién cortados, ni a hojas en otoño, ni a trufa negra, ni a ajonjolí, ni a esencia de algas, ni a nada que me recordara a la gastronomía. De hecho, olía fatal, porque estaba pasando un camión de la basura cerca, pero a mí me supo a gloria. Estaba fuera del Cocina Fusión y eso era lo importante.

Laura, por el contrario, estaba encantada con su visita y con los manjares que había visto.

—¿Qué te ha parecido?

—Impresionante. Nunca imaginé que la cocina pudiera ser tan sofisticada. Era como comer arte.

Y la entendí perfectamente.

—¿Quieres una hamburguesa, verdad?

—Sí —contestó un poco avergonzada.

Yo es que sin siesta no soy nada. A Laura no le había hecho mucha gracia cuando se lo dije. Pero yo es que si no me echo la siesta un rato después de comer, el resto de la tarde soy como un trapo viejo. No es que con siesta sea gran cosa, pero sin siesta sólo valgo para ponerme en la punta de un palo y limpiar las telarañas del techo. Oye, además en la cama me esperaba la Nancy, que era la única mujer famosa que me había hecho caso en mi vida.

Después de dormir un rato en casa de Laura, normalmente con un café y algo dulce, ya me hubiera sentido repuesto de mi experiencia matutina. Pero por culpa de la hamburguesa, no era así. Por hacer feliz a la rubia, habíamos ido a comernos una. Y es cierto que otra cosa igual no, pero Madrid tiene algunos sitios donde hacen unas hamburguesas deliciosas. Pero yo es que debo estar mayor. Me estaba comiendo aquello y, oye, perfecto. La carne en su punto, el pan delicioso, con su lechuga fresca y crujiente, y su tomate jugoso, pero yo echaba de menos mis guisitos de cocinero provinciano.

No sé, un arroquito caldoso que hago muy rico, con sus gambas y sus alcachofas. Unos garbanzos con caballa, calentitos. Esas cosas. Y mientras pensaba en esto, vi a Laura, tan rubia, tan joven, tan guapa, sentada de medio lado en un sillón, trabajando en un portátil, mientras veía las noticias, toda actividad y energía, y tuve la sensación de que me estaba haciendo mayor. Encima me miré al espejo para recomponerme la nariz postiza y las gafas y comprobé que un pliegue de la almohada me había dejado una marca en la cara, en plan ridícula cicatriz del dormilón. Así que me fui para la rubia y le dije:

—Anda, venga. Vámonos al Cocina Fusión, a ver si me matan ya de una vez y me hacen un favor.

Me miró sin entender nada y dijo que me sentara, que no había prisa. Que había hablado con sus compañeros en la feria y estaba todo tranquilo y controlado. Bueno, a veces tomar café con una rubia, obra milagros, así que dejé que me sirviera el que me ofrecía.

Por lo visto, las cosas estaban yendo razonablemente bien y, dadas las circunstancias, lo más fácil era que todo siguiera igual y que el tema de las latas no tuviera nada que ver con el Cocina Fusión, ni con el cocinero chino. Que seguramente dentro de unas horas, pondríamos fin a ese asunto y yo podría, al cabo, dedicar un rato a lo mío. A firmar tranquilamente libros en una librería, que ya me parecía una actividad bastante arriesgada sin necesidad de que me intentaran secuestrar unos agentes secretos chinos.

Aunque aquello deberían haberme parecido buenas noticias, no fue así. A ella, claro, lo de las latas no le preocupaba. Y lo comprendía, a mí me pasaba lo mismo con el chino, oye, que hay muchos. Pero las latas son mi vida. Suena un poco ridículo, pero teniendo en cuenta que hablábamos de un tipo que va con nariz postiza y gafas de plástico por el mundo, tampoco es de extrañar.

Además, igual es que soy un poco obsesivo, pero estaba intrigado. Aquel asunto era muy desconcertante. Sé que en situaciones como esta lo mejor es aplicar un método científico y actuar según el filosófico principio de la navaja de Occam, por el que la teoría más simple tiene más posibilidades de ser correcta que la compleja. Así pues, y aunque sonara tentadora, descarté en principio la idea de que aquellas muertes fueran el resultado de un experimento alienígena para acabar con la raza humana e invadir el planeta. Descarté también las que tenían que ver con el contenido secreto de un cuadro de Da Vinci, las que implicaban a una raza de mutantes malignos que vivían en cavernas excavadas en la Antártida y varias de ese estilo, hasta llegar a la

conclusión que me pareció más sensata: aquel asunto era raro de narices. Tal vez por eso volví a preguntarle por el caso.

Básicamente me repitió lo que ya sabíamos, los cadáveres, las latas, la ausencia de un móvil y la inexistencia de un veneno. De repente se quedó un momento dudando, como si no supiera si debía o no seguir hablando. Los espías, que son muy mirados para sus cosas y de natural roñica con la información. Finalmente añadió un dato nuevo.

Se trataba del muerto del tren. En su asiento había aparecido un ordenador portátil. Investigándolo habían descubierto que el fallecido tenía un blog gastronómico. En principio no era nada extraño tratándose de alguien que se dirigía a Madrid en aquellos días del Cocina Fusión, cuando tantas cosas giran en torno al mundo de la restauración. Sin embargo, al profundizar en ello, habían descubierto un hecho curioso. No era raro que se les hubiera pasado por alto, porque la gente no suele firmar en estos sitios con su nombre y establecer la identidad informática de los fallecidos les había llevado tiempo, pero finalmente, y según le habían confirmado por teléfono mientras yo dormía, habían constatado que todos los fallecidos tenían un blog de Internet dedicado al mundo de la cocina.

Fue como estar mirando la lámpara y que de repente alguien encienda la luz.

—¿Qué pasa? —dijo al ver un gesto extraño en mi cara.

Tardé un poco en contestar. Pensaba en algo que habíamos hablado durante la comida. Le había comentado que me parecía muy extraño que los servicios secretos hubieran pensado que un tipo como yo pudiera serles de alguna utilidad en aquel caso. Laura se había reído antes de contestar

—Pensábamos que podía funcionar porque eres raro

Recordaba que no me había dado tiempo ni a sentirme insultado, porque había seguido hablando.

—Lo llamamos pensamiento paradójico. Lo tienen algunas personas y es la capacidad de ver la realidad de una forma distinta, de transformar lo lógico en absurdo y de convertir lo contradictorio en algo coherente. Tú lo tienes. Está en tus libros, en lo que escribes en Internet, incluso en tu forma de entender la cocina. Si a eso unimos que eres un experto en latas...

No había terminado la frase pero yo la había entendido perfectamente. Iban a utilizarme porque era un anormal. Y como lo que pasaba no tenía ningún sentido pues eso, a ver si al anormal, que tiene el cerebro medio podrido de tanto comer alimentos de lata, le suena la flauta por casualidad. Qué mala es la desesperación había pensado yo. Y sin embargo ahora sospechaba que igual no estaban equivocados. Mira por dónde, igual la flauta acababa de sonar.

—Ahora sí que nos vamos al Cocina Fusión —dije poniéndome de pie.

—¿Me vas a decir qué está sucediendo?

—Creo que sé quién puede tener la clave de lo que está pasando.

Y aún no había terminado de decir la frase cuando otra, mucho menos optimista, acudió a mis labios:

—Y tiene muchas posibilidades de ser el próximo muerto.

Digamos que Laura conducía con una cierta crispación. Tal vez algunos la hubieran definido como conducción «deportiva», pero yo prefería utilizar la palabra «criminal». Y mala para la manicura. Me estaba dejando las uñas destrozadas de intentar sujetarme con desesperación al salpicadero, y mi pie de prudente conductor provinciano se afanaba inútilmente en pisar el famoso freno inexistente del copiloto.

En esas condiciones me estaba siendo muy difícil explicarle a la rubia lo que creía que estaba pasando. Pero lo hice. Se había puesto en modo profesional y su seriedad daba un poco de miedo. La loca aquella era capaz de pegarme un tiro en una rodilla si tardaba en contestar a sus preguntas, así que intenté resumirle mis sospechas.

Así le conté lo que me había comentado mi amigo Matías Compilla, el bloguero gastronómico con el que había coincidido en la feria, sobre los colegas de Internet a los que no podía localizar. Me callé, eso sí, la teoría conspiratoria esa tan pintoresca de Matías de que el culpable era el gobierno, que les hacía creer que habían sido abducidos por los OVNIS. Aunque bien pensado, ojalá tuviera razón, porque si yo estaba en lo cierto, sus amigos no estaban desaparecidos. Estaban muertos.

Le comenté a Laura que era muy normal que la gente que tenemos blogs de cocina en Internet, recibamos en ocasiones muestras de productos para que los probemos. De todo, sopas de sobre, cubiteras de silicona, cucharones, botellas de aceite o de vino, que las empresas nos envían con la sana intención de que las probemos y les hagamos publicidad gratuita.

La cuestión era que, dado que todos los fallecidos habían resultado ser blogueros, bien podía haber sido ese el método por el que habían recibido las latas. Y si como sospechaba eran los amigos de Matías, no sería extraño que él mismo fuera a recibir alguna. O que ya la hubiera recibido. ¿Y quién se resiste a probar una lata sin te dicen que te mandan unos buenos berberechos?

Y aunque no creía que eso fuera posible sin despegar del suelo, le dije a Laura que acelerara.

Tras atropellar a dos ancianas y un gato, dar dos vueltas de campana, chocar contra una furgoneta de reparto, comernos una farola y arrollar a un ciclista, llegamos al Cocina Fusión. Bueno, vale, que igual no pasó exactamente así, pero yo vi tan cerca los percances, que me parecieron reales. Y volví a bajarme del coche, encantado de estar otra vez en tierra firme. Si por lo menos hubiera puesto la sirena como en las pelis. Pero ni eso. La próxima vez iba en taxi.

Iba a decírselo pero me llamó la atención un revuelo en la entrada de la feria gastronómica. Un grupo de trajeados orientales, vestidos de oscuro y con gafas negras, arrastraban a dos personas hacia un coche con las puertas abiertas. Los reconocí enseguida. Eran mis dos chinos. Valga la familiaridad, pero es lo que tienen estas cosas, te intentan secuestrar un par de veces y, quieras que no, le acabas cogiendo cariño a la gente.

La cuestión es que la vida parecía haberseles complicado un poco desde la última vez que nos vimos. Tenían un aspecto un tanto aturdido, por no decir beodo sin prueba de alcoholemia mediante, y se les notaba un poco perjudicados. Uno de ellos llevaba la corbata anudada en la cabeza, en torno a la frente y había aprendido español. Al menos el justo para chillar a voz en grito «viva Potes, capital del orujo», supongo que haciendo alusión al pueblo Cántabro de donde procedía el aguardiente que, presuntamente ya digo, habían ingerido. El otro, víctima de una cogorza más sentimental, sujetaba firmemente la mano de una de las señoritas de compañía que

habían estado con ellos, y de la que al parecer se había enamorado, y la arrastraba consigo, pesé a los bolsazos que la mujer, que al parecer no quería líos, le propinaba para desasirse.

Finalmente sus compañeros consiguieron reducirlos, los metieron en el coche y se los llevaron de allí a toda velocidad. El grupo de cocineros borrachos, estos sin presunción de inocencia, que habían presenciado la escena entonando un emotivo «Adiós con el corazón, que con el alma no puedo», acabaron su canción de despedida y se volvieron al interior a continuar con la farra.

Laura y yo los seguimos, manteniendo una prudente y profiláctica distancia, eso sí, y entramos nuevamente en Cocina Fusión dispuestos a localizar a Matías lo antes posible.

Había mucha gente. La esperada conferencia de Wen Hai Carvalho, al parecer, había levantado bastante expectación. Aunque una mirada más atenta del entorno permitía descubrir que no todos eran aficionados a la cocina. La mitad de aquella muchedumbre eran policías, agentes secretos, espías o gente así, que se les notaba bastante porque estaban todo el rato llevándose un dedo a la oreja para escuchar el audífono y hablándole a una manga del traje.

Pero vamos, que gente del gremio había. Estaba Carme Rustidera, la genial cocinera, con su pelillo corto y de punta, leve como un gorrioncillo, que hablaba muy animada con los hermanos Broca. Estos, por cierto, tenían mérito, porque habían estado por la mañana, habían cogido un avión para ir a comer al restaurante de su madre en Girona como hacían todos los días, que déjate de nueva cocina, que como en casa de una madre no se come en ningún sitio, y, nuevamente en avión, habían vuelto a tiempo para la conferencia. Estaba Quique Destaca, que es un dandi y va siempre seguido por un pinche con un espejo de cuerpo entero y un sastre por si tiene que hacerse algún retoque de urgencia en la indumentaria. Bego La Sillita (que es un encanto) andaba junto a un feliz Sebarategui que miraba a su alrededor divertido con su sonrisilla de gnomo travieso. Estaba Ángel Tigretón, al que se le veía un poco como pez fuera del agua, lo que no es raro porque el bueno de Ángel (uno de los pocos cocineros con estrella Michelin que no se cruza de acera cuando me ve y eso que tiene tres) es más del mar que muchos mejillones que yo conozco, y su agua favorita, la gaditana, le pillaba a más de seiscientos kilómetros. Andaba por allí también Dabiz Disperxo, muy peladito y sonriente, con esa cara un tanto alucinada que se le ha quedado desde que empezó a salir con la bella Cristina Reproche, como si aún siguiera preguntándose en qué momento había podido un tipo como él ligarse a una chavala como aquella. En fin, muchos.

Al que no veíamos por ningún lado era a Matías. Localicé al Frailecillo, otro bloguero curioso que va siempre ataviado con un gorrito de cura antiguo, cocina estupendamente y era amigo de Matías, y le pregunté por él.

—No está por aquí. Se fue a comer algo hace ya un buen rato. Es raro que no haya vuelto.

Le pregunté si sabía su teléfono. Me lo dio y marqué. El abonado llamado tenía el terminal pagado o fuera de cobertura, me respondió una metálica voz al otro lado de la línea.

Frailecillo me preguntó que qué ocurría y le contesté que no se preocupara, pero que si veía a Matías que me llamara urgentemente, que él tenía mi número.

Aquello no iba bien. Estaba empezando a preocuparme de verdad. Conociendo a Matías sabía que no se perdería aquella conferencia por nada del mundo. Eso suponiendo que siguiera en este mundo.

Aquello estaba cada vez más lleno de gente que en su ir y venir, amenazaban con arrastrarnos. Estaba a punto de pedirle a Laura que nos esposara para no perdernos. Bueno, para no perdernos y porque rubia y juego de esposas, así todo junto, sonaba excitante. Pero vamos, que no. Que estaba realmente preocupado por Matías, que seguía sin aparecer por ningún lado.

De repente, una voz resonó llamándome entre la multitud. Me giré y le vi acercarse, abriéndose paso entre la marea humana. Era Fernán Sarriá, el genial cocinero catalán, famoso en todo el planeta. Y me llamaba sonriente. Y me sorprendieron las dos cosas. Que me llamara a mí y que lo hiciera sonriente. Se ve que me había perdonado.

La historia no era fácil de contar. Digamos que hay quien dice que yo, en una época remota, trabajé con Sarriá en el Tulli, su famoso restaurante de la costa gerundense. Y digamos que cuentan que Sarriá tenía un pequeño perro al que adoraba, y que presuntamente estaba muy encariñado conmigo y andaba siempre rondando entre mis piernas, porque le daba a escondidas taquitos de jamón de pata negra. Sí, taquitos, que al perro las lonchitas finitas esas de ahora, no le gustaban. Él prefería los tacos. Y si eran gordos, más agradecido movía la colita.

Pues bien, dicen que un día andaba yo manipulando un recipiente grande con nitrógeno líquido, con el que Fernán hacía sus primeros experimentos de cocina creativa, con Tulli, el pequeño perro, enredando a mi lado como de costumbre. Fatalmente, quiso el destino que tropezara con él y dejara caer el nitrógeno líquido sobre el simpático animalillo. Y lo que pasó no fue muy agradable. El pobre perro quedó instantáneamente congelado. Con una patita extendida y la lengua fuera, como siempre que me pedía jamón. Parecía una escultura de hielo. Bastante mona, por cierto. Como de Lladró.

Pero Sarriá que pasaba por allí y había observado horrorizado la escena, no estaba para sutilezas estéticas. Se acerco apesadumbrado a su querida mascota y le dio unas cariñosas palmaditas en la cabeza para ver si reaccionaba. Pero no reaccionó. Lo que hizo en su lugar fue romperse en mil pedazos.

Dadas las circunstancias, y según cuentan, no hizo falta ni que me despidieran. Yo mismo cogí mis cosas y me fui de allí cabizbajo y silencioso, jurándome a mí mismo que nunca volvería a trabajar con nitrógeno líquido. Al pobre Fernán aquello también le afectó mucho y él, que era un fanático de cocinar escudella, suquets, zarzuelas o alubias con butifarra, cambió radicalmente y empezó a hacer la cocina que hace ahora con deconstrucciones, síntesis, humos y esas cosas que le han hecho ser reconocido mundialmente como un genio. El Dalí de los fogones. Un místico de la cocina.

Y ahora, tantos años después, al verle acercarse hacia mí, pensé que igual era aquel misticismo el que le hacía levitar. ¿Levitar? Bien pensado, eso era demasiado incluso para Sarriá.

Pero no. Llegó a mi lado, acompañado de su hermano, y efectivamente flotaba a un palmo del suelo. Eso explicaba el motivo de que su hermano lo llevara sujeto por la pierna, atado con una cuerda. Lo que no explicaba era el porqué levitaba. Yo pensé que tanta genialidad y tanto concepto etéreo de la comida no podían ser buenos. Que se acababa volviendo uno demasiado espiritual y pasaba lo que pasaba. Juntas eso con la tramontana, que es un viento raro que sopla por su tierra y te deja un tanto tocadillo, y ¿qué ocurre? Que acabas levitando.

Pero no. Resultaba que, como me explicó su hermano, habían estado haciendo una presentación gastronómica, con un nuevo tipo de helio superpotente. Lo habían desarrollado especialmente para su cocina en el Instituto Tecnológico de Massachussets y conseguía alimentos

que flotaban sobre el plato. Una cosa increíble. Otra revolución.

El problema es que por lo visto, Fernán había sufrido una sobreexposición y ahora tenía un pequeño problema de volatilidad. Y un cierto colocón gaseoso, añadí yo para mis adentros, porque se le veía más iluminado que de costumbre. Yo creo que por eso estaba tan cariñoso conmigo. De hecho le oías hablar y no sabías si era él o el Dalai Lama. Algo de miedo ya daba.

—La lata, Falsarius, la lata —dijo de repente. Y a Laura y a mí se nos pusieron los ojos como soperas. ¿Qué sabía Sarriá de las latas?

Pero fue una falsa alarma. Por lo visto, en aquel momento estaba muy interesado en el mundo de las conservas. Y estaba diseñando unas latas que asimilaban el sabor de su contenido y eran totalmente comestibles. Sin colesterol y bajas en calorías, añadió su hermano que es más práctico y siempre tiene los pies en la tierra. Literalmente, en aquel caso.

—El continente es el contenido, Falsarius. La esencia, la fusión absoluta. Tú tienes que entenderlo.

Le dije que sí, por supuesto, aunque después de tantos años de trabajar con ellas se me hacía un poco cuesta arriba imaginarme comiéndome una lata. Pero, claro, yo es que de genio tengo poco. Y me cuesta.

Laura por su parte estaba empezando a impacientarse. La conferencia de Wen Hai estaba a punto de empezar y había que estar preparados. Nos despedimos y no nos habíamos alejado ni un par de pasos cuando a modo de despedida me dijo:

—Falsarius, el Tulli te quería.

Nos miramos en silencio. Creo que se había emocionado recordando a su mascota. Asintió un par de veces con la cabeza, como reafirmando sus palabras, y de su ojo brotó una lágrima azulada que se descolgó del párpado y empezó a flotar despacio hacia el alto techo del Cocina Fusión. O eso me pareció. Cosas del helio, supongo. En cualquier caso era precioso. Parecía que me había comido un tripi.

Ferrán se quedó mirando la lágrima que se perdía lentamente en el espacio, posó la mano en el brazo de su hermano y le dijo:

—Apunta: lágrimas de bogavante que salen flotando de una espuma de judías blancas...

Sarriá en pleno proceso creativo. Aquello era alucinante. Pero Laura tiró de mí arrastrándome y nos perdimos entre la muchedumbre.

Entusiasmado, le pregunté qué le había parecido lo de Sarriá levitando y la lágrima azul flotando hacia el cielo, y ella me miró con cara rara. Entonces caí en la cuenta. Qué despiste. Con tantas prisas y tanta actividad se me había pasado la hora de tomar la medicación.

Matías seguía sin dejarse ver por ningún lado, pese a que montábamos guardia junto a la puerta desde un lugar en el que, pese al gentío cada vez mayor, no nos podía pasar inadvertido. Más que nada porque a Matías, con el carrito que llevaba para el ordenador, del que nunca se separaba, era difícil no verlo. Oye, y porque presencia y volumen tampoco le faltaban, que tenía unas mollitas prietas y lustrosas, rellenas de patatilla frita de bolsa, que daba gusto verlo.

De repente se formó un revuelo y muchos de los señores vestidos de traje oscuro, muy formales con su uniforme de espía, empezaron a llevarse al unísono un dedo al pinganillo de la oreja, y a hablarle a la bocamanga del traje, muy en su papel. No había duda, Wen Hai Carvalho, el esperado cocinero, se acercaba.

Por fin cruzó la puerta y todos pudimos verle. Oye, a ti te dicen que viene un chino que hace cocina minimalista y enseguida piensas en un tipo menudito y sonriente. Pues bien, Wen Hai no era así. Era grande, con unas manos enormes como sartenes y un cuello de toro poderoso y rotundo, y su tamaño se veía acrecentado por la mujer que le acompañaba, una oriental pequeñita con el pelo recogido en un moño, leve como un suspiro.

Hay quien dice que él antes era delgado y esbelto, y estaba muy orgulloso de su escurrida figura, pero que en una de las temporadas que pasó en la cárcel, acusado falsamente de un delito fiscal, sus carceleros se cebaron con él, no dándole de comer nada más que comidas llenas de calorías, no se sabe si para minar su moral de disidente crítico con el sistema, o porque eran unos envidiosos y les fastidiaba el tipín que lucía. La cosa es que, según cuentan, salió del encierro con muchos kilos de más, pero con la moral intacta y ya en la misma puerta de la cárcel declaró que dedicaría hasta el último gramo de su sobrepeso a luchar contra la opresión. Siendo la moraleja que, por querer acabar con un problema, los chinos se encontraban ahora con un problema mucho más gordo. En todos los sentidos.

Claro que la historia, que según se la iba contando a Laura más y más chorras me estaba pareciendo, la había leído en Internet, así que fíate tú.

La cuestión es que los organizadores le iban abriendo paso a través del hall con una cierta dificultad y Wen Hai avanzaba sonriente, balanceando graciosamente su corpachón, saludando a los que le saludaban, estrechando manos y dejándose mansamente fotografiar por los que se lo solicitaban. Era un buenazo ese hombre.

Y la cosa iba muy bien hasta que se escuchó un grito y un hombre muy nervioso se plantó delante de la comitiva. La gente se apartó, manteniendo una distancia prudencial entre el intruso y sus personas, formando un círculo alrededor de la escena, lo justo para que no les salpicara la sangre, pero no tan lejos como para perderse detalle.

El causante de tanto revuelo no era otro que Reynaldo Urduruchy, el cocinero vegetariano uruguayo que se había encadenado a una columna como protesta por su situación. Al parecer había conseguido soltarse y buscaba una forma más contundente de llamar la atención, visto el fracaso de su anterior iniciativa. Que la gente le veía encadenado a la columna, y acostumbrados como estamos a las publicidades raras, se pensaban que era parte del espectáculo y se hacían fotos a su lado.

La situación se volvió tensa. Los agentes que vigilaban a Wen Hai corrieron a cubrirle. La gente sacó sus móviles y empezó a grabar. Pero Urduruchy fue muy rápido y de su delantal sacó una lata y la sujetó por la anilla del abrefácil, amenazando con abrirla, mientras gritaba

—¡Todo el mundo quieto!

Yo creo que si hubiera esgrimido una pistola, todo hubiera sido más fácil, pero lo de la lata, que como amenaza hay que reconocer que era un poco patética, dejó a la gente muy desconcertada, incluidos los cuerpos de seguridad que no sabían si aquello era una situación de peligro o una promoción de mejillones. Y claro, nadie quiere ser el agente secreto que metió la gamba por una lata de mejillones, que eso marca mucho y queda fatal en tu currículum. Luego quieres ser guardaespaldas del presidente o de Lady Gaga, pongo por caso, y enseguida te discriminan en plan «no ese no, que es el tonto de los mejillones». Y claro, desmotiva. Pero Laura y yo nos quedamos petrificados. Esa lata nos devolvía de repente todos nuestros temores. Nosotros sí sabíamos lo peligroso que podía ser aquello. La gente vivía tranquila pero nosotros éramos conscientes de que ahora el mundo estaba invadido de latas asesinas.

Es curioso las distintas formas de ser de la gente. Mientras yo pensaba esas grandes frases para la historia, en un ejercicio tan lírico como inútil, Laura se había alejado de mí con la velocidad de la luz (cosa que tampoco era tan extraña porque me pasa siempre con las rubias, especialmente si son guapas) y en dos zancadas se había plantado junto al uruguayo. Se abalanzó sobre él, extendió la mano y le sujetó el brazo, pero llegó tarde. Urduruchy tiró de la anilla y por un momento el tiempo se detuvo.

Fue en cámara lenta, como en las películas. La lata se abrió despacio y el juguillo empezaba a escurrirle por la manga. La tapa se iba separando lentamente dejando el interior al descubierto, hasta que finalmente se separó del todo y el contenido se desparramó por el suelo. Y vaya chasco. No eran berberechos. Eran sardinas. Nos quedamos todos tan defraudados que cuando Urduruchy se llevó la tapa al cuello amenazando con cortarse la yugular, ya no le hicimos ni caso. Y mira que él decía «que me corto el cuello, o se revisa mi situación de desamparo jurídico o me corto el cuello» y ponía en ello todo el énfasis requerido y la desesperación adecuada, pero nada.

La gente apagó los móviles, la comitiva de Wen Hai le bordeó, teniendo cuidado eso sí de no pisar el aceitillo derramado, y los responsables de seguridad se relajaron. Al final no creía ni que fueran a detenerle. En cualquier caso, ser cocinero vegetariano seguro que era un atenuante.

Nadie quería perderse la conferencia y el hall fue quedándose vacío. Hasta Laura me abandonó. No tenía ninguna intención de alejarse mucho de Wen Hai Carvalho, lo que era comprensible dadas las circunstancias. Frailecillo, el amigo de Matías, me confirmó antes de entrar que seguía sin verle, pero que le habían comentado que había salido con un par de amigos cocineros a tomar algo y que a la conferencia, antes o después, acabaría acudiendo. Y lo dijo con una seguridad que yo no podía compartir. Aunque me hubiera gustado, porque Matías me caía bien.

Recordé que le había conocido en un viaje en tren, hacía ya unos años. Él iba al sur a cubrir la información de unas jornadas sobre el aceite de oliva, y yo volvía de la presentación en Madrid del primero de mis libros. Me reconoció, se presentó, hablamos y acabamos haciendo prácticamente todo el viaje en la cafetería del tren, tomando copas y comiendo patatas fritas de bolsa.

En un momento de la conversación comentamos sobre lo mal que se comía en los trenes. El camarero que nos atendía debió sentirse aludido, porque se inmiscuyó en nuestra charla para decir, que bueno, que peor se comía en la cárcel. Matías le miró, se lo pensó un poco paladeando su patata frita, y le contestó que seguro que en la cárcel los cocineros se esmeraban mucho. Que como no había libro de reclamaciones, igual te pasabas con la sal y acababas con un cepillo de dientes afilado clavado en el estómago. Y con la cara de buenazo que tenía, lo dijo con una voz que dejó al camarero pensando que igual lo mejor era callarse. Y fue lo que hizo.

Me hizo gracia su historia. Sobre todo porque aunque él no lo supiera, era muy real. Le conté que curiosamente, años atrás, había conocido en New York a un cocinero que realmente había estado en la cárcel y que te enseñaba muy orgulloso sus cicatrices, y te las iba comentando como si fuera un guía turístico. Que si esta fue una bullabesa que tenía alguna espina del pescado, que si esta otra de una lasaña que quedó un poco reseca. Y la más curiosa, comentaba de una cicatriz fea y arrugada señalándose el cuello, la que le había infligido un negrazo enorme que se había encontrado un pedazo de metal en el puding de manzana que había de postre.

Se había roto un diente, se había cabreado mucho y había intentado cortarle la yugular, lo que no consiguió por poco. Lo más pintoresco es que la pieza de metal era el anillo de pedida con que su novio, también en aquella cárcel de Massachussets, quería proponerle matrimonio, dándole una sorpresa. Contaba que luego se aclaró todo y que hasta le invitaron a la boda. Pero vamos, que había tenido suerte, comentaba muy convencido, mientras enseñaba una barriga llena de costurones y tatuajes. Y lo decía en serio. A su sucesor, por lo visto, le habían abierto la tripa y se la habían vuelto a coser llena de cucarachas vivas, porque el jefe de una banda del Bronx se encontró una muerta en su plato de frijoles.

A Matías le encantó la historia. Sobre todo cuando le conté que, curiosamente, el cocinero, no me había dicho nada de su cicatriz más grande. Una que le cruzaba la cara casi de lado a lado.

—¿Y de qué era? —preguntó Matías, metiéndose en la boca un puñado de patatas.

Y yo le contesté que esa misma pregunta le había hecho yo al cocinero.

—¿Y qué dijo?

Y le conté que el viejo cocinero me miró sonriente y quitándole importancia, como si esa cicatriz fuera la de una operación de apendicitis y no de algo interesante, contestó:

—No, esa grande fue mi esposa. Me pilló con una pelirroja.

La cosa es que Matías y yo nos caímos bien y desde aquel día, mantuvimos el contacto. Y me

tranquilizó un poco recordar que Matías no era muy puntual, especialmente si volvía de comer, con lo cual era muy posible que le viera entrar por la puerta en cualquier momento.

Pronto el auditorio se llenó y hubo gente que tuvo que quedarse fuera, viendo la conferencia a través de un par de pantallas gigantes que habían habilitado en el exterior. El director de Madrid Fusión le presentó con todos los honores y el cocinero chino comenzó su disertación. No es que tuviera mucha curiosidad, pero ya que tenía que estar allí, intenté prestarle atención.

Siempre había pensado que pocas cosas había más aburridas que una conferencia sobre cocina. Pues las doctas palabras de Wen Hai, me sacaron de mi error. Había algo mucho más aburrido. Una conferencia sobre cocina en chino.

El cocinero hablaba muy despacio, deleitándose en las palabras, mientras manipulaba un pequeño infiernillo sobre el que hervía un poco de agua a la que iba añadiendo algunas especias. La traductora iba traduciendo también lentamente, pero muy contenta. Como si estuviera en un concurso y cada palabra traducida fuera un punto a su favor. Y no me extraña. Saber que una palabra en chino significa anís estrellado, semilla de hinojo, o pimienta Szechuan, tiene su mérito.

Y esa fue la parte divertida, porque luego el cocinero cogió una especie de rabanete y empezó a manipularlo con mucha parsimonia, y a hablar de conceptos como el *cai* y el *fan*, el *yin* y el *yang*, la complementariedad y el equilibrio de los sabores. Y yo bendecía al inventor de la lata, que te viene ya de fábrica con su *yin*, su *yang* y su equilibrio. Y a veces, incluso, hasta escabeche.

Pero la cámara interior enfocó a los asistentes y varios parecían emocionados, como en éxtasis, ante las elocuentes palabras de Wen Hai. Alguno incluso parecía a punto de llorar. No todos claro, Matías, por ejemplo, estaba abriendo una bolsa de patatas fritas.

Un momento. ¿Cómo que Matías? Matías no tenía que estar allí. Tenía que estar en la calle o, como mucho, muerto. ¿Qué era eso de estar tranquilamente en la conferencia mientras yo le estaba esperando en la puerta, angustiado como un idiota? E idiota fue la palabra que mejor definía lo que sentía cuando comprendí lo que había pasado. Matías estaba dentro porque nunca había estado fuera. No, no es que se me hubieran contagiado los conceptos budistas de la comida china vegetariana, es que era así.

No se había ido con sus amigos cocineros a cenar fuera. Habían ido a tomarse una pizza a la parte de atrás, donde me contó el pizzero de la moto que dejaba los pedidos que le hacían. Por eso no tenía cobertura su móvil, porque no estaba en la calle, y por eso no le habíamos visto, porque al empezar la conferencia había accedido a la sala por una de las puertas de emergencia del interior. Bueno, comportarme como un idiota no era nada nuevo en mí y lo importante era que el bloguero estaba bien.

Me encaminaba hacia la entrada para reunirme con él, cuando el cámara que retransmitía para el exterior la conferencia pasó otra vez de Wen Hai, supongo que harto de ver como manipulaba tediosamente el rabanete y con un cuchillo le hacía pequeñas hendiduras, y volvió a enfocar al atento público. En concreto a Matías. Y el alivio que había sentido se evaporó de repente. Se ve que las pizzas le habían dejado con hambre y había decidido acompañar las patatas fritas con algo más sólido que había sacado de su mochila. Una lata que no tuve problemas en reconocer. O mucho me equivocaba o era de berberechos.

Uno cree que está en plena forma hasta que corre los veinte primeros metros. Luego te das cuenta de que eres como un abrigo viejo intentando huir de las polillas. Un colgado. Además cuando corría se me caía la nariz postiza y me daba coraje. Pero corrí, al menos los veinte primeros metros, cruzando el desolado hall, camino de la puerta de la sala de conferencias.

La gente que se amontonaba en el acceso grababa la conferencia con sus móviles como si fuera un concierto de los Rolling. Que lo de los rockeros se entiende. La gente los graba a ver si uno de los Stones palma de viejo en escena y se hacen famosos colgando el vídeo en Internet. Lo de grabar al cocinero chino me resultaba ya menos comprensible. Vamos, aquello no iba a ser interesante ni aunque resucitara Confucio y viniera a hacerle los coros. Pero allí estaban, graba que te graba, y supongo que mis insultos al intentar abrirme paso quedaron fielmente recogidos para la posteridad.

Laura que me había visto entrar, salió a mi encuentro.

—¿Qué pasa?

—Es Matías —le dije—. Está a punto de abrir una lata.

No hicieron falta más explicaciones. Me siguió y nos abrimos paso sin muchos miramientos en busca del bloguero. Finalmente le vimos. Sostenía la lata en una mano, mientras con la otra tecleaba algo en el ordenador. Pulsó una tecla, envió su mensaje y se dispuso a tirar de la anilla.

—¡No! —le grité. Pero no me oyó, y abrió la lata sin saber que había abierto la tapa de su ataúd.

O eso pensábamos, porque la realidad fue bien distinta. Abrió la lata, y cuando Laura y yo esperábamos, no sé, que surgiera un pequeño hongo atómico, tipo explosión nuclear, que le desintegrara la cabeza y se la dejara hecha rescolditos humeantes como en los dibujos animados o algo así, no pasó nada. Un corte.

Y sin embargo pronto descubrí que no era una lata normal. Ni mucho menos. Era la lata de berberechos soñada. Lo que cualquier amante a las conservas busca desesperadamente toda su vida sin encontrar.

Al quitar la tapa quedó al descubierto un único y gran berberecho. Era la lata perfecta, la de un solo ejemplar. Un molusco grande, de aspecto musculoso, de color perfecto, gallego sin duda, brillante y seductor, que ocupaba todo el espacio interior del envase.

Matías, buen aficionado, no salía de su asombro mirando el tesoro que tenía ante sus ojos, sintiéndose, supongo, como Howard Carter al ver por primera vez la tumba de Tutankamón. Yo mismo, que en latas creía haberlo visto casi todo, no podía dar crédito a lo que tenía delante. Uno podría entender que por aquella lata se matara, lo que era impensable es que las regalaran como promoción.

Entonces sucedió. El molusco, apolíneo y atlético como un dios griego, que ya es raro con el poco deporte que pueden hacer en la lata los animalillos, comenzó a moverse. Primero despacio, luego con mayor intensidad, emergiendo de su jaula de aluminio. Matías observaba al molusco fascinado, sin poder retirar la mirada.

El berberecho comenzó a erguirse y yo tuve un presentimiento, y en un par de rápidas zancadas crucé la distancia que nos separaba y aparté de un manotazo al molusco de la cara de Matías, justo cuando el monstruoso bivalvo expelía sobre el rostro de mi amigo una especie de humo verde y brillante, a la vez que emitía algo parecido a un extraño suspiro.

Pero había llegado tarde. Matías boqueó un par de veces, se llevó las manos a la garganta y

cayó desplomado a mi lado entre convulsiones.

—Cuidado —gritó Laura, y su alerta hizo que me girara. No podía creer lo que estaba viendo.

El berberecho había conseguido salir totalmente de la lata, que a resultas de mi golpe estaba caída en el suelo, y lentamente se irguió poniéndose de pie. Allí, frente a mí, viendo agonizar a su víctima, parecía aún más grande. Un berberecho diabólico salido del mismísimo infierno.

Laura sacó su arma de la sobaquera y se disponía a dispararle al molusco criminal, cuando la detuve.

—No, puedes herir a alguien. Déjame a mí.

El berberecho al verse en peligro intentó huir, pero yo no iba a permitirlo. Con un rápido movimiento eché mano al bolsillo y saqué de él un regalo que me hizo hace años un amigo y que siempre me acompaña. El único arma que podría acabar con un berberecho como aquel. Un palillo de oro.

El molusco echó a correr pero yo enarbolé el palillo y, recordando al irreductible capitán Ahab arponeando a la terrible ballena blanca, lo lancé con toda la pericia que los muchos años de aperitivos me habían otorgado. El palillo de oro cruzó el aire, lanzando destellos al cruzar la estela de los focos del techo, y se clavó profundamente en el pecho del berberecho que trastabilló y cayó fulminado.

Allí, separados apenas por unos metros de distancia, yacían agonizantes mi amigo Matías y el berberecho más increíble que hubiera visto nunca.

Dudaba. Era una emergencia. Tenía que intentar salvarlos, pero ¿a cuál? Finalmente me decidí por el berberecho. Oye, blogueros gastronómicos hay muchos y tampoco se le iba a echar tanto de menos, pero aquel berberecho era único. Además Laura ya estaba junto a Matías y los del servicio médico se acercaban a toda prisa. Así que yo a lo mío.

Me acerqué. El molusco aún respiraba, aunque con dificultad. Aquello tenía muy mala pinta. Sin embargo no intenté hacerle el boca a boca. Más que nada porque no sabía dónde tenía la boca y me daba un poco de asco equivocarme de orificio.

—Tranquilo —le dije—, te vas a poner bien.

—Claro, vas a curarme y luego comerme al vapor, para que agonice dos veces. Qué amable.

Ya era sorprendente que un berberecho hablara, pero lo que más me llamó la atención es que tenía voz de malo. Pero de malo digno, como Bogart en las películas de sus inicios. Bien mirado, y salvando las distancias, hasta se parecían un poco.

—Mira, tienes razón, estaba mintiendo. No vas a ponerte bien.

No dijo nada. Era consciente de que su vida se acababa y eso es molesto hasta para un molusco. Pero necesitaba información así que le pregunté.

—¿Por qué has atacado a Matías?

—Tienen secuestrada a mi familia en un vivero de Noia, en Galicia. No tenía opciones. Él me obligó.

—¿Quién es él? —pregunté con curiosidad, aún un poco extrañado de verme hablando con un berberecho, por muy gigante que fuera. Por eso su pregunta me sorprendió aún más.

—¿Tú eres Falsarius Chef, verdad?

Hubiera jurado que sonreía, como si el hecho de verme allí frente a él en el momento de su muerte, de alguna forma le reconfortara.

—¿Me conoces? —le contesté perplejo.

—¿Qué si te conozco? Eres una leyenda entre los que trabajamos para las conserveras. Todo el mundo te conoce.

Tosió y continuó con una voz cada vez más débil.

—Desde pequeños —susurró con un tono que parecía evocar tiempos mejores— les decimos a los niños, si no te portas bien, vendrá Falsarius y te hará receta, y ellos corren obedientes a cerrarse en su concha y quedarse dormidos.

Sonrió.

—Pero no nos engañamos. Somos carne de lata y lo sabemos. Estamos condenados a esto, y dado nuestro inevitable destino, no hay mejillón, berberecho o almeja que no sueñe acabar sus días en manos de Falsarius.

Hizo una pausa, intentando recuperar el aliento, y continuó.

—Te preguntará la razón. Es sencillo. Tú nos entiendes. Eres el gran enemigo, pero eres digno y nos respetas. Es un honor acabar en tus manos. Y cuando alguien lo consigue, su muerte tiene sentido.

Volvió a toser. Sus palabras me sobrecogían, pero no teníamos mucho tiempo.

—¿Quién te envió?

—Tú lo sabes, Falsarius. La clave son las ciudades. Las muertes no son casuales.

Casi no había podido pronunciar estas últimas palabras. Aún así hizo un esfuerzo y continuó.

—Alguien como él no puede estar lejos. Tiene que estar cerca saboreando su venganza.

Odio cuando los moribundos se obstinan en hablar con adivinanzas. Pero no creía que fuera a sacarle mucho más. Ya nada le importaba. Se irguió un poco como si se mirara el pecho. Luego se dejó caer de nuevo vencido y susurró muy bajito con un último hilo de voz:

—Me mató Falsarius Chef. Con un palillo de oro. Yo también seré leyenda.

Abrí los ojos y escuché una voz

—¿Estás bien, Falsarius?

Y cuando vi su pelo rubio, sus ojos azules llenos de preocupación y sus labios tan cerca de mi cara y diciendo mi nombre, supe que si aquello era el infierno quería quedarme.

Me dolía la cabeza. Estaba tendido en el suelo junto a Matías. Me incorporé un poco y le miré. Estaba tumbado en una camilla, llevaba un respirador en la boca y unos sanitarios controlaban sus constantes. Laura entendió mi preocupación y me tranquilizó.

—Tu amigo va a ponerse bien. Tu empujón le salvó la vida.

La miré sin entender a qué se refería, aún un poco desconcertado.

—El producto de la lata contenía un neurotóxico. Eso causó las muertes. Se dispara al contacto del producto con el aire, provoca un fallo cardiorrespiratorio instantáneo y luego se evapora y desaparece sin dejar rastros.

No quería cansarme, pero mi gesto le indicó que tenía que contármelo todo.

—Tú rápida actuación hizo que Matías no respirara la cantidad suficiente y eso le salvo. A cambio tú también aspiraste parte del veneno.

Se me debió notar el susto, porque ella se apresuró a continuar.

—No, tranquilo, apenas te afectó, pero has perdido el conocimiento unos minutos y parecía que delirabas. Van a llevarte al hospital.

Me incorporé repentinamente mejorado. Y un cuerno al hospital. Estadísticamente los hospitales son el lugar más peligroso del mundo. Está demostrado que en ningún sitio muere tanta gente. Además no había tiempo que perder.

—¿Y el berberecho?

Laura me miró como si no entendiera mi interés.

—Los restos están aislados, van a llevarlos a analizar.

Aún me sentía un poco confuso.

—Pero yo le he matado con mi palillo.

La cara de Laura no reflejó nada bueno al oír mis palabras.

—Con mi palillo de oro... —comenté con voz cada vez más ahogada, sabiendo que, tal y como sonaba aquello, la rubia debía estar dudando sobre si pedir una camisa de fuerza, y francamente no me apetecía volver a pasar por esa experiencia.

Pese a todo, eché mano al bolsillo y comprobé que el palillo no estaba. Claro que eso no significaba nada. Con el jaleo de los dos últimos días podía haberlo perdido. O no habérmelo traído al viaje, lo que teniendo en cuenta que siempre me había dado suerte, explicaría muchas cosas. Mejor callar.

—Tranquilízate. Has tenido algún tipo de delirio extraño, pero ya pasó —dijo la rubia con paciencia, mientras me tendía un botellín con agua.

No sabía si las palabras del berberecho habrían sido fruto de un delirio, pero seguían sonando en mi cabeza. Miré alrededor y vi un montón de gente observándonos. Curiosos, aficionados a la gastronomía, empresarios, miembros de la seguridad, empleados de la feria o periodistas. Y muchos cocineros. Y entre todas esas caras, la cara del asesino. Tiene que estar cerca saboreando su victoria, había dicho el berberecho. Y lo hubiera dicho un molusco o mi subconsciente en pleno delirio, tenía sentido. Por lo que uno tenía entendido de criminales en serie como este, disfrutaban viendo el resultado de sus actos.

No me resultaba fácil pensar. Di un sorbo de agua y noté que me dolía un poco la garganta. Efectos del envenenamiento, supuse.

La conferencia de Wen Hai Carvalho había sido suspendida por los incidentes, y el cocinero oriental evacuado discretamente del local. En su lugar, los altavoces anunciaron que iba a comenzar el acto de inauguración de la gran fabada solidaria que batiría un récord Guinness, el del mayor número de cocineros con estrellas Michelin participando en su elaboración, y la gente empezó a dispersarse.

Era razonable. Lo divertido ya había pasado y ya no quedaba nada morbosillo por ver. Y que estas cosas quieras que no, con la excitación, acaban dando hambre. Somos así de animales. Vemos a alguien a punto de palmar, de repente somos conscientes de que estamos vivos, y nos da por comer. El problema es que entre aquellos que pronto se irían, se escondía un criminal.

La clave son las ciudades, había insistido mi, digámoslo así, subconsciente/berberecho. Le pregunté a Laura si podía enumerarme las ciudades en que habían aparecido los muertos. Le extrañó un poco pero me las dijo. Orense, Ribadesella, Gerona, Alicante, Sevilla, y Oviedo.

Tal vez fue por el orden en que me las dijo. O tal vez porque el veneno que había respirado, había activado alguna de esas neuronas que creía perdidas desde los noventa, que fueron años muy duros con sus excesos, y había vuelto a funcionar. La cosa es que de repente lo vi claro. Sólo faltaba la «M» de Madrid, que hubiera aportado Matías de haber muerto también. Cogí a Laura por los hombros y le dije muy feliz:

—¡Orgasmo!

Es fácil imaginar la cara que puso. De hecho, nada más decirlo, me puse rojo como un adolescente, aunque enseguida recuperé la compostura. Al fin y al cabo, la ventaja de no ser un adolescente es que a partir de los cuarenta, cuando la gente te ve ponerte rojo, no piensa que estés avergonzado sino que te va a dar una embolia.

—«Orgasmo Obeso» es el grupo de Internet que tenían Matías y sus colegas. Lo de «obeso» es obvio en un grupo gastronómico radical, pero lo de «orgasmo» se refiere a las iniciales de las ciudades en que vivían los miembros del grupo. El asesino ha ido a por ellos por alguna razón.

Volví a mirar los rostros que nos rodeaban y uno de ellos destacó entre todos como señalado por el fantasma de un berberecho vengativo. Una persona que buscaba venganza por haber sido públicamente ridiculizado. Alguien que había estudiado ciencias en una prestigiosa universidad americana y tenía la suficiente preparación científica como para preparar un neurotóxico como el que había causado las muertes. Alguien que acababa de hacer una gira de conferencias que coincidía paso por paso con las ciudades de las víctimas. Cómo no me había dado cuenta antes. No podía ser otro que...

—Armand Poche —le dije a Laura muy convencido.

Ella cada vez entendía menos.

—El asesino. Se llama Armand Poche y es un cocinero.

—¿Un cocinero? ¿Qué cocinero? —preguntó.

Me giré para señalarlo entre la gente, pero ya no estaba donde le había visto. Y cuando me giré hacia el otro lado y volví a localizarlo comprendí que no era cosa de perder el tiempo diciéndole a Laura, sí mira es ese con cara de psicópata enloquecido que se acerca a la camilla de Matías con un spray en la mano dispuesto a completar su trabajo inconcluso, aprovechando que le han dejado un momento solo. No. Dejé a Laura con la palabra en la boca y me lancé como una fiera a por él. A mí también me estaba entrando hambre. Hambre de cabrón, mire usted por dónde.

Yo insisto. Para mí que las gafas de plástico y la nariz postiza, aparte de ser un patético camuflaje para evitar el acoso de mis perseguidores, me dan aspecto de mala leche. Así no voy a ligar nunca. Asustan a la gente. Creo que es eso, porque cuando Armand, que estaba a punto de quitarle la mascarilla a Matías para rociarle con más neurotóxico, vio que me abalanzaba en su dirección, echó a correr sin poder completar la operación.

Le tiré el botellín de agua que tenía en la mano, pero fallé. Tampoco pensaba que un botellín de plástico con agua fuera poner fin a su fuga, pero con el arrebató del momento, es lo único que se me ocurrió. Oye y el sanitario que recibió accidentalmente el botellazo en la cabeza, cayó redondo. Es más, cuando le pisé la barriga al pasar sobre él en persecución del cocinero, ni siquiera protestó. Eso es que estaba inconsciente. Vamos que tan mala idea no era.

La cosa es que Armand corría como un neutrino o una de esas partículas que van a toda leche. Pero le iba a dar lo mismo. Me había cabreado. Vale que había matado a unas pocas personas, y eso en principio no estaba bien, pero desde luego lo que le había hecho al berberecho gallego, no tenía perdón.

En su precipitada huida se dirigía hacia el lugar en el que preparaban la fabada gigante solidaria, buscando confundirse entre la gente. Pero me daba igual. Yo seguí corriendo tras él convencido de que iba a cogerle. Y todo fue bien hasta que se metió entre la muchedumbre. De repente fue como si se hubiera hecho invisible.

No era extraño. Armand iba vestido de cocinero y la convocatoria de la fabada solidaria incluía el hecho de que iba a estar preparado por la mayor cantidad de chefs con estrellas Michelin nunca reunidos. Y realmente había un montón. Y todos vestidos de cocinero. Eso sin contar con los otros chefs que participaban en el Cocina Fusión y se habían acercado a presenciar el acto y que iban vestidos igual. Y el grupo de cocineros borrachos, capitaneados por un popular chef vasco, que amenazaban con asaltar la gran perola, cuchara en mano, como la fabada no estuviera pronto lista

Laura llegó a mi lado.

—¿Le has perdido? —dijo mirando a la muchedumbre.

Mal comienzo. Intentando hacerme sentir culpable, no íbamos a ningún lado. ¿Qué si lo había perdido? Ni que fuera un mechero.

—No. Lo tengo localizado. Está con esos —dije señalando al gentío—. Detenlo a todos y luego yo ya, con calma, te lo señalo.

Me miró como dicen los tangos que miran algunas mujeres y la sonrisa irónica se me congeló en los labios. Un instante. Luego me di cuenta de que estaba preocupada y que no debía pagar con ella la rabia por no haber podido alcanzarle. Tengo mucha empatía con las rubias. Incluso con las de bote.

—Yo me quedo aquí abajo. Tú sube a la plataforma —dijo señalando el andamio metálico en el que algunos pinches removían el gigantesco guiso, mientras las cámaras de televisión grababan todos los detalles— y cuando lo localices me lo señalas.

—Sólo una cosa... —le dije antes de irme

—No voy a darte una pistola.

Podía haberle contestado que no iba a decirle eso, pero ¿para qué mentir? Así que me abrí paso y empecé a subir las escaleras que conducían a la plataforma.

Había que reconocer que para ser un guisote excesivo y de medidas hipertróficas tenía una

pinta estupenda. Y su lento borboteo desprendía un aromilla embriagador. Había una cámara de esas, accionada con una grúa, una cabeza caliente que dicen los entendidos, que hacía planos acrobáticos de las fabes, y se acercaba a ellas dejándote distinguir los choricillos, las morcillas, las alubias brillantes y harinosas, y permitiendo verlas con todo lujo de detalles en una pantalla gigante. Un espectáculo. Y ahí descubrí que ya era oficial: perseguir asesinos también me daba hambre. Así no era extraño que engordara.

Laura desde abajo, se había percatado de mi hambrienta e hipnótica fascinación fabadil y me hacía gestos de impaciencia, así que me centré en la búsqueda de Armand. Pero no era fácil. Por si no fuera bastante difícil distinguirlo en medio de aquella sobredosis de cocineros, algunos llevaban puesto también el gorro y dificultaban aún más la operación.

Fui recorriendo la barandilla y al llegar hacia el final seguía sin ver nada. Pero no había podido huir. La zona en la que estábamos era como el final de un callejón sin salida y no tenía escapatoria. Tenía que estar allí.

Y allí estaba. El problema es que no estaba donde le buscábamos. Lo supe en cuanto noté su brazo rodeándome el cuello. Había surgido de detrás de una cortina que había al final de la plataforma. Debió trepar por el lateral del andamio sin que le viéramos. Y ahora lo tenía a mi espalda, estrangulándome y apuntándome a la cara con el spray del neurotóxico.

Fue una sensación extraña, como si viera la escena desde fuera de mi cuerpo. Mientras luchaba por librarme de su abrazo, vi abajo a Laura señalando hacia arriba y hablando a gritos con alguien de seguridad que estaba su lado. Intenté lanzar la cabeza con fuerza hacia atrás y golpear a Armand en la cara, pero no resultó. Me tenía bien sujeto y era sorprendentemente fuerte. El aire empezaba a faltarme y vi como dirigía el spray hacia mi boca abierta. Y cuando ya empezaba a apretar el pulsador que liberaría el gas venenoso sobre mí, intuí mi última oportunidad viniendo del cielo. Reuní todas las fuerzas que me quedaban y con un empujón conseguí separar mi cabeza de la suya. No mucho, pero lo suficiente como para esquivar la cámara sobre la grúa de la cabeza caliente, que se dirigía hacia nosotros a toda velocidad. Cuando él se percató de lo que se le venía encima ya era tarde. La cámara le golpeó en la cara haciendo que me soltara. Dio un paso hacia atrás y tropezó con la barandilla. Trastabilló, su espalda se arqueó, se venció sobre el pretil y cayó al vacío. No gritó mientras lo hacía, pero tenía la boca abierta en un gesto helado de sorprendido desconcierto.

Su cuerpo impacto sobre el hirviente guiso, haciendo que rebosara por los laterales. Se hundió casi por completo, volvió a surgir como regurgitado y, entonces sí, se escuchó un grito escalofriante saliendo de su boca. Y gritó y gritó, mientras intentaba inútilmente bracear en aquel espeso guiso ardiente. Los aullidos se fueron haciendo cada vez más ahogados, según el calor iban descomponiendo la piel de su cara, hasta que finalmente calló. La fabada se apoderó de él como una charca de arenas movedizas y lenta pero implacablemente se lo fue tragando, hasta que sólo se divisó una mano que parecía saludar despidiéndose del mundo.

Armand Poche, el brillante cocinero obsesionado con la cocina de vanguardia más avanzada y tecnológica, había muerto en uno de esos guisos tradicionales, con tocino, chorizo, morcilla y mucho ajo, que tanto detestaba. Resultaba irónicamente poético. Bueno, dentro de lo poético que puede ser un cocinero cocido, descomponiéndose dentro de una fabada.

Nada. Al final ni palizas con toallas mojadas, ni electrodos en los genitales, ni quemaduras en los sobacos con un soplete, ni asfixias con una bolsa de plástico en la cabeza. Las comisarías ya no son lo que eran, de lo cual sinceramente me alegré. O igual era que Laura, mi espía favorita, había movido algunos hilos y me habían dado trato VIP. Vaya usted a saber. La cosa es que después de una interminable noche llena de interrogatorios, trámites y papeleos me dejaron marchar con tiempo de coger el primer tren de vuelta a Cádiz.

Al pisar la calle y ver que ya era de día, tuve la misma sensación desconcertante de cuando abandonas el garito en el que has estado de juerga toda la noche y al salir ves la luz del sol, con esa rara impresión de que tú sigues en el día de ayer y en la calle ya es mañana. Aunque esta vez la juerga, muy juerga no había sido. Las comisarías, que siempre han sido muy tristes.

Y ahí estaba yo, en la estación de Atocha, con mi billete en la mano y un enorme resacón de neurotóxico asesino que, bueno, tampoco era mucho peor que el del garrafón que sirven en algunas discotecas.

En unas horas estaría de vuelta en el Puerto de Santa María, así que pude ver la parte positiva del asunto. Me habían contado que mi amigo Matías estaba fuera de peligro, el caso se había resuelto adecuadamente y la fabada, que la banda de cocineros borrachos, capitaneados por un popular chef vasco, se habían apresurado a probar en cuanto sacaron al cadáver, al parecer estaba rica.

Dudaba si tomarme un café y batir así mi plusmarca personal de ingesta de cafeína, después de toda la consumida durante mi estancia con la policía, cuando oí por megafonía, que mi tren ya estaba estacionado en su vía y que podíamos embarcar.

Estaba francamente cansado. A mí es que Madrid me agota. Bueno, igual lo de haber sido sospechoso de asesinatos —así en plural, sin miserias, como si uno fuera Jack el destripador—, que me hubieran perseguido unos espías chinos o que me hubieran intentado liquidar fumigándome con un neurotóxico mortal como si fuera un mosquito coñazo en una noche de verano, también influía un poco. Eso sin contar lo de haber pasado tanto tiempo en Cocina Fusión, el templo de la gastronomía de vanguardia, con un montón de cocineros pretenciosos, que en pequeñas dosis muy majos y tal, pero todos juntos con tanta pasión, tanta técnica y tanta fusión, empachan un poco.

Subí al tren. Estaba acomodándome en mi plaza, infinitamente agradecido de que el asiento de al lado estuviera vacío, cuando el revisor se me acercó.

—¿El señor Falsarius Chef? —preguntó.

—Sí —le respondí un tanto remiso. No tenía nada en contra de los ferroviarios, pero después de una noche en comisaría me había vuelto un poco alérgico a los uniformes. Finalmente resultó inofensivo. Muy correcto, me tendió un sobre con mi nombre escrito y me explicó que se lo había entregado una mujer para que me lo diera cuando llegara. Por lo visto era algo oficial.

—¿Una inspectora de Sanidad? —pregunté.

—Sí —respondió.

—¿Guapa?

—Mucho —contestó si dudar antes de darse la vuelta y desaparecer.

No hacían falta más preguntas. Había sido ella.

La última vez que la vi fue en la comisaría, de lejos, desde la ventana de una oficina del segundo piso en la que esperaba a que terminaran las diligencias para poderme marchar, cuando se subía en un coche negro que la esperaba estacionado junto a la salida.

Parecía no haber dormido porque aún llevaba la misma ropa del día anterior, pero daba igual. Estaba guapa y radiante. Si acaso, con la ropa arrugada y despeinada, parecía un poco más canalla, como esa hippie gamberra con la que te fugarías a Ibiza después de una noche loca y con la que tendrías hijos muy rubios que se criarían medio salvajes corriendo desnudillos por la playa, mientras tú fabricabas pulseras de bisutería para vender a los turistas. En ese plan.

Abrí el sobre y lo que encontré en su interior me dejó muy sorprendido. Era mi palillo de oro. Venía precintado en una bolsa de plástico de esas que se usan para guardar las pruebas. Al sacarlo comprobé que aún tenía restos de berberecho.

Entre la noche en blanco y los efectos residuales del envenenamiento no tenía yo las neuronas para muchas fiestas. Eso que dices, venga un crucigrama, dos sudokus y de postre las instrucciones de un mueble de Ikea. No. Aún así lo que estaba claro es que aquello no podía ser. Se suponía que mi batalla contra el berberecho gigante había sido un delirio provocado por el neurotóxico. Sin embargo aquel palillo ensangrentado (*emberberechado*, más bien) parecía desmentirlo.

No entendía nada. Intenté encontrarle sentido pero mi cerebro no daba para más. A Matías, tan amigo de las conspiraciones, aquella historia le hubiera encantado. Enseguida hubiera llegado a la conclusión de que detrás de aquello estaban la CIA, la NASA o Bill Gates, y que la solución era hacerse una boina de papel de aluminio e irse a vivir a mitad del bosque en un lugar sin cobertura. A mí me dio igual.

Estaba tan cansado que sólo pensaba en dormir. El tren se puso en marcha y comenzó a hipnotizarme con su rítmico traqueteo. El sol calentito y reconfortante que entraba por la ventanilla invitaba también a relajarse, así que mi pereza decidió no darle más vueltas a aquel extraño suceso. ¿Para qué? Son cosas que pasan cuando conoces a una rubia. Hay que asumirlo.

Te enredan en los mechones de su melena platino, te encandilan con sus ojitos de niña buena y, con suerte, acabas en la morgue identificando un cadáver que no sea el tuyo, con el corazón roto y sin poder sacarte de los oídos el ruido que hacían sus tacones cuando se marchaba sin mirar atrás y salía de tu vida para nunca más volver. Eso, ya digo, con suerte.

No vas a olvidarla nunca, ni a ella ni lo que viviste a su lado, porque aunque una rubia te abandone nunca se va de tu vida del todo. Es su don y tu condena. El precio que pagas por el placer de haberla tenido cerca. Lo que hace que de madrugada los bares se llenen de borrachos solitarios que buscan borrar sus recuerdos ahogándolos en alcohol, sin entender que las rubias que habitan en tu memoria son siempre los restos de un naufragio. Que por mucho que bebas, ellas flotarán insumergibles, con elegancia y sin despeinarse, en tu caro whisky de doce años.

Al final, reconfortado por mi filosófica divagación y resignado a no entender nada, me dormí tranquilamente y soñé con una berberecha de melena rubia. Ya sé que es raro pero, oye, tenía su punto.